

ESTUDIOS NATURAL.



GRUPO DE MARIPOSAS.

25 de noviembre de 1847.

TOMO V. 31

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

LAS MARIPOSAS.

Cuanto mas pequeñas son las obras del Criador, mas motivos hallamos á veces de analizarlas y admirarlas. Nunca podremos estender mejor nuestra vista ni pintar un tesoro mas rico de ideas y de luces que contemplando parte de los innumerables objetos que encierra nuestro globo en su maravillosa magnificencia.

Entre los infinitos insectos que aparecen con la estación benigna de la primavera, tenemos á las mariposas, estos ligeros seres que cruzan los aires con sus matizadas alas de diversos colores. Estos pequeños animales, en los que generalmente fijamos tan poco la atención, desaparecen de nuestra vista durante los rigores del invierno: el primer día tempestuoso es la señal que les obliga á interrumpir sus trabajos, á terminar su vida activa, y á abandonar sus respectivas habitaciones. Mucho nos engañamos ciertamente si creemos que el invierno destruye estos insectos: la comun opinión de los naturalistas, es que el frío los entorpece y caen en un profundo sueño, que dura hasta que la vuelta del calor abre la tierra, produce las cosas necesarias para su alimento, y los despierta de su letargo. Los insectos se ocultan en la arena, en lo interior de los peñascos, en el fondo de los estanques y lagunas, donde no es fácil encontrarlos ni turbar su reposo. Empero, no siendo nuestro intento hablar de los insectos en general, vamos á concretarnos á dar á conocer á nuestros lectores, las diferentes clases de mariposas, con que el Supremo Hacedor ha engalanado nuestra naturaleza, en la risueña y atractiva época de las flores.

Así como del seno de los tiernos botones, brotan las nuevas corolas, del mismo modo las mariposas, flores que vagan por el espacio, salen de su tumba invernal, rompen su crisálida y se espacen alegres por los aires. La primavera hace sentir su benigno influjo, hasta en el obscuro ámbito de las vastas ciudades, y el mas pequeño tiesto colocado en la mezquina ventana de una estrecha callejuela, atrae á esos huéspedes aéreos, á esos hijos de las metamorfosis, emblemas del alma inmortal. Ya en el mes de febrero viene á posarse en las apenas formadas hojas del delicado arbusto, la blanca *piérida*, que es la que aparece en medio del grupo estendiendo sus niveas alas con los extremos negruzcos. La mariposa que se vé al lado derecho del pie del grabado, es la *esfinge* del Euforbio, una de las llamadas crepusculares, por que á la manera que el murciélago, huyen de la luz del día; el cuerpo de este insecto, es de un hermoso color de aceituna, sus alas superiores, están matizadas de manchas verdes, y de una faja del mismo color, siendo el fondo de ellas, de un gris rojizo: las inferiores son de un vivo color de rosa, con extremos negros aterciopelados.

Cinco especies del género de las *vanesas* que son muy comunes en los climas templados y que reconocemos en sus variadas manchas de brillantes colores, en las festoneadas orillas de sus alas, en forma de abanico, y en el boton ovoideo que termina sus arterias, rodean el grupo de mariposas que acompañan este artículo. La primera de la izquierda, empezando por arriba, es la *pequeña tortuga*, la cual debe este nombre al jaspeado amarillo y negro, que recuerda la disposición

de los colores de la concha; mas abajo, dejando intermedia una elegante *thais*, que solo se encuentra ya, en los países Meridionales, se vé otra *vanesa*, el *pavo real*, con cuatro especies de pupilas azules, pintadas sobre sus purpúreas alas; debajo de estas, se halla la rápida *atalante* que tiene sobre el negro de sus aterciopeladas alas, un arco iris color de fuego. Las larvas de estas tres *vanesas* que se posan sobre las ortigas y sus crisálidas, sujetas por una doble hebra de seda, son por lo comun doradas. En frente de la *atalante*, está la *antiope* ó *morio*, de un negro rojizo, adornada tambien de manchas azules y festoneada con una ancha faja de amarillo pálido. Mas arriba, á la derecha, está la *pequeña vanesa* que debe su sobrenombre de Roberto el Diablo, á la bizarra figura de Satiro, que ofrece su angulosa crisálida. Todas las larvas de esta especie, son espinosas y de sombríos colores, todas sus crisálidas angulosas, tienen frecuentemente las espinas marcadas de ciertas tintas metálicas.

El *silvano* ó *ninfalia*. Situado encima del pequeño Roberto el Diablo, de grandes alas salpicadas de blanco, se aproxima bastante á las *vanesas*, y habita en los bosques del Este y del Norte. Pasemos por alto las tres mariposas que tienen las alas levantadas, á saber: la *anthocaris* bellas la del extremo alto del grabado, que solo habita en el Mediodía; la *argos*, que está mas abajo, con sus mil ojuelos. *Polyommatus*, la cual se halla solamente en los Alpes; y la última, el *satiro* medio enlutado que revolotea, sin llamar ni fijar nunca la atención.

La última mariposa de la parte inferior de la lámina es una falena, la *liquenea* azul del fresno, cuya larva se coloca entre las *medidoras*.

Réstanos solo hablar de la mas bella mariposa de nuestros climas, la *machaon*, que como no puede menos de observarse en el grabado, sobresale por su belleza entre todas sus hermanas. Encuéntrase en el mes de junio sobre la zanahoria ó el hinojo; su larva es rasa, de un hermoso verde que rodean círculos regulares de un negro aterciopelado, y el vientre parece de armiño. Diremos algo acerca de las transformaciones de esta mariposa. Una larva de *machaon* conservada en una caja, se metamorfoseó del siguiente modo: así que adquirió todo su desarrollo, se agarró con sus diez patitas á la tapa de la caja donde estaba encerrada; entonces empezó á pasearse con un movimiento lento y uniforme, retorciéndose con esfuerzo la cabeza y toda la parte anterior de su cuerpo. Dividió en seguida con sus patas escamosas de lanteras, la hebra de seda en extremo fina que salía de su boca, la fijó á derecha é izquierda, y de este modo quedó rodeada de mas de cincuenta lazos. Luego rasgó su manto y se despojó de él con los movimientos repetidos de la crisálida, que desembarazada al fin, quedó inmóvil y desnuda, suspendida de aquella ligadura. A los catorce días, salió la mariposa, y permaneció mas de una hora, húmeda, delicada, y con las alas recogidas: poco á poco, las fué estendiendo al sol, se paseó muy despacio, y secó sus plumitas aterciopeladas con un movimiento oscilatorio, cada vez mas rápido. Por último, sus colores fueron haciéndose cada vez mas vivos; el amarillo, se volvió dorado, y las manchas, rayas y fibras negras, tomaron una tinta mas subida. Los dos ojos azules de su cola, adquirieron mayor brillo; moviéronse con mas rapidez sus alas, y saltó de mata en mata en seguida, volando comeantes de su transformacion.

GLORIAS DE ESPAÑA.

LA ESPADA DE SAN FERNANDO.



No lejos de Burgos, y cerca de Lara, se halla fundado el antiquísimo monasterio de San Pedro de Arlanza, edificado sobre las pintorescas orillas de este río, por el celebre Fernan Gonzalez, conde de Castilla, en testimonio y en accion de gracias, por la señalada victoria que obtuvo en el año 950, derrotando á los árabes mandados por Alhagib Almanzor y otros famosos generales de Abderramen, califa de Córdoba. Por las frescas orillas del río, y hacia el dicho monasterio, cuyas altas torres imponían respeto miradas desde lejos, se dirigía aun á principios del año de 1217, una lucida comitiva, compuesta al parecer, de los mejores caballeros de la corte de Castilla. Eran todos ginetes de briosos caballos, guerreros de marcial continente y arrogante mirar; pero con toda su arrogancia y gallardía, cedían siempre el paso y guardaban el mayor acatamiento á un personaje, que era evidentemente el superior entre todos ellos, aunque su traje era tal vez el mas sencillo.

Los monges benitos del monasterio, informados sin duda del personaje que iba á visitarlos, y que era nada menos que el mismo rey de Castilla, don Fernando II, y III de Leon, salieron respetuosos á recibirle; pero el monarca, revelando en todas las acciones de su vida aquella piedad cristiana, que le hizo merecedor de la bienaventuranza eterna, apenas se apeó del caballo, se dirigió á la iglesia del monasterio, seguido de todos los nobles señores que formaban su comitiva.

Creíase generalmente que algun voto secreto obligaba al rey á aquel acto religioso; pero el monarca manifestó bien pronto cual era su designio, cuando despues de haber orado unos momentos ante el altar, se dirigió en medio del mas profundo silencio, hacia el sepulcro del conde Fernan Gonzalez. Detúvose ante el funebre monumento, contemplando sin duda, en euan reducido espacio se cobijaba, convertido en polvo, el hombre tan temido, que habia llenado el mundo con la fama de sus proezas, y estendiendo luego su brazo hacia el sitio en que, agrupadas en bélico trofeo, se hallaban las armas del conde, recibió de manos del abad del monasterio, natural depositario de aquellas militares reliquias, una espada de notable construcción; la misma que habia servido al conde Fernan Gonzalez.

Era la espada, de las antiguas de dos filos, con el puño de resplandeciente cristal de roca, y una magnífica piedra cornerina engastada en el pomo de la cruz. El rey la contempló por un instante; la besó respetuosa-

mente, y al ceñírsela, cual si quisiera desagrar la sombra del héroe, exclamó:

— Perdonas, ¡oh ilustre conde! te despoje de este trofeo consagrado á tu memoria. Con tu espada, debe concluirse la obra que tú has empezado. Tu espada en mis manos, va á tener el mismo destino que tuvo en las tuyas, siempre victoriosas... va á vengar las ofensas de la religion y de la patria.

Dijo, y salió de la iglesia, donde esquivando las ofertas de los monges, que ansiaban agasajarle dentro del monasterio, manifestó sus deseos de volverse á Burgos, para partir cuanto antes á la conquista de Sevilla, que esperaba lograr, con la ayuda de Dios y de aquella espada.

Esta noticia, prontamente divulgada, colmó de júbilo á todos. Ya rendidas, Córdoba, Baeza, Ubeda, Ecija, Osuna, Jaen y otras ciudades importantes de Andalucía, solo faltaba para que el triunfo y el gozo de los cristianos fuese completo, conquistar á Sevilla, primer solio régio de los árabes en España.

II.

Apenas se divulgó la noticia de que todo el ejército cristiano, mandado por el Santo rey don Fernando, iba á ponerse al frente de la rica y populosa ciudad de Sevilla, los mas famosos caballeros de España quisieron acompañar al rey en el sitio. Poseídos del mayor entusiasmo y ansiosos de gloria, daban ya por seguro el término dichoso de aquella empresa, y contaban satisfacer su venganza en los musulmanes. Ocupaban estos aquella deliciosa ciudad, situada en el paraiso de la tierra, y su posición ventajosa á orillas del Guadalquivir, su excelente clima y las riquezas que en ella se aglomeraban, eran otros tantos motivos para que los soldados de Fernando apurasen sus esfuerzos por lograr su conquista. A pesar de todo, el sitio se iba dilatando: los moros, es verdad, habian sido rechazados en todas sus salidas; pero habia entre ellos caballeros de mucha nombradía y guerreros famosos que se habian encerrado en la ciudad, espresamente para defenderla, y ya lo habian hecho con valor heroico, por el largo espacio de diez y ocho meses. Los caballeros cristianos rivalizaban en valor y osadía en los encuentros y batallas parciales que ocurrían durante el sitio, legando muchas veces á desafiar á los árabes hasta las mismas puertas de Sevilla.

Un día al romper el alba, caminaban dos ginetes del campamento cristiano por la vasta llanura de las inmediaciones de Sevilla. Su objeto al parecer no era otras mas que el de pasearse y gozar la fresca de la mañana: los caballos, sintiendo flojas las riendas, caminaban menos que al paso, y los ginetes tan embebidos venían en su conversacion, que no apercibieron se hallaban ya cerca de las murallas de Sevilla. Hicieronlo recordar de improviso un ruido de voces, choque de armías y pisadas de caballos: detuvieron los suyos los dos caballeros y tendiendo la vista por la campaña, vieron que en una encrucijada iban sin remedio á encontrarse con algunos ginetes árabes que andaban recorriendo la campaña.

Uno de los dos cristianos se volvió entonces hacia el que le acompañaba, y le dijo sobresaltado:

—Preciso es que nos volvamos, señor caballero; ellos son muchos, y nosotros... ¡dos solamente!

—Eso no; ¡vive Dios! respondió el otro, en cuyas facciones se pintaban la indignación y el arrojo; jamás vuelvo yo la espalda á los enemigos.

No pudo el compañero escuchar tan enérgica respuesta, porque ya iba huyendo por el campo á todo correr de su caballo. El que había quedado solo, sin intimidarse a vista de tanto peligro y de los árabes que encima se le venían, los esperó lanza en ristre, calada la visera y afir-



ENTREGA EL ABAO A SAN FERN RDO LA ESPADA DE FERRAN GONZALEZ.

mado en los estribos. Ya iban los enemigos á precipitarse sobre él, cuando notaron que aquel valiente caballero traía por blason en su escudo, un árbol y una cruz roja, y entonces decayó todo su valor. Habían conocido por aquellos blasones á su mas terrible adversario, al ilustre campeón del ejército cristiano, al noble GARCIA PEREZ DE VARGAS, cuyo nombre pronunciaban los infieles con terror. Por esta razón no se atrevieron á atacarle,

antes esquivando el encuentro, desfilaron á lo largo por delante de él, dejándole continuar tranquilamente su camino. Ya trataba de volverse hácia el campamento, cuando exclamó:

—¡Por Santiago, que se me ha caído la banda y he de encontrarla!

Era preciso para recobrar la perdida banda, cruzar de nuevo por entre los árabes, y aun lidiar con todos ellos, si

es que se la llevaban. Pero ellos reusaron de nuevo el combate, dejaron tranquilamente al caballero que levantase y se cruzase su banda, abriéndole anchuroso paso, cuando rapido como un relámpago y lanzándoles miradas de fuego por la rejilla de la celada, pasó á la carrera por medio de ellos, para volver salvo y triunfante al campamento.

III.

Todos estos movimientos habian sido observados por el rey don Fernando, que desde una colina que dominaba todo el valle, estaba tomando algunas disposiciones para un nuevo ataque. Asombrado se quedó del heroismo de Vargas, por lo que haciéndole venir al instante á su presencia, le dijo, alargándole una mano que Vargas besó respetuosamente:

—Noble caballero, yo os doy el parabien por el renombre que hoy habéis adquirido con una hazaña tan digna de admiración y de lauro.

Volviéndose luego hacia los señores de la corte y guerreros que le rodeaban, dijo en voz alta:

—Quiero que don García Perez de Vargas sea reconocido y acatado, como uno de los mas valientes caballeros que pelean bajo mis banderas; pero tambien quiero saber, dijo volviéndose á Vargas, el nombre de vuestro compañero. ¡Baldon y oprobio eterno al cobarde que así abandona á su hermano de armas!

García Perez manifestó entonces tanta prudencia, como heroicidad acababa de ostentar en el encuentro.

—Señor, contestó respetuosamente, esta declaración seria funesta al honor de una persona que aun se conserva sin mancha en concepto de todos. ¿Qué seria de un caballero si le faltase prenda tan recomendable!

—A pesar de todo, interrumpió el monarca, es preciso saberlo. Una conducta tan infame merece castigo.

—Señor, replicó Vargas con entereza, todo es inútil, porque jamás pronunciarán mis labios el nombre de ese caballero.

Inútiles fueron cuantas súplicas se hicieron á Vargas para que revelase el nombre de aquel sugeto, y esta conducta le grangeó, tanto como su valor, el aprecio universal. El mismo rey aprobaba interiormente la noble obstinación del caballero, y un silencio tan en armonía con los piadosos sentimientos de su bondadoso corazón. Satisfecho de ver reinar tan fraternal armonía entre sus guerreros, exclamó alborozado, golpeando con brio el pomo de la espada:

—Con esta espada y tales soldados á mi lado, seguro es el éxito de mi empresa. Los infieles no podrán resistir tantos esfuerzos y Sevilla será nuestra.

IV.

No se equivocó en su presagio el virtuoso monarca: de allí á pocos dias, el almirante Bonifaz, por medio de una diestra maniobra, que aun en nuestros dias escitará los aplausos de los entendidos en la navegacion, quebrantó y desbarató el puente de barcas que, aferrado con cadenas de hierro, tenían los árabes, para establecer comunicacion entre Sevilla y Triana. Roto el puente, estos dos puntos no podian ampararse mutuamente, y conquistado que fué el castillo de Triana, los defensores de Sevilla se avinieron bien pronto á capitulación. Exigian los árabes al principio condiciones muy favorables, y aun pretendian quedarse con parte de la ciudad; mas viendo la firmeza con que eran desechadas sus proposiciones, y que les era forzoso abandonar para siempre á Sevilla, intentaron se

les permitiese derribar la mezquita mayor, ó por lo menos su alta torre, que era ya entonces una de las maravillas de España; compitiendo en esta pretension el orgullo con el fanatismo, pues les dolia en extremo que la obra maestra de sus arquitectos pasase á poder de los cristianos y fuese profanada por ellos. El rey don Fernando, temeroso de la sangre que correr pudiera si se redujese á los infieles á una desesperada defensa, dijo á los mensajeros de la ciudad, que se entendiesen sobre este particular con su hijo el infante don Alonso; pero este príncipe que aun no habia renunciado por las literarias sus inclinaciones belicosas, enterado de lo que pasaba, salió al encuentro de los comisionados y sin escuchar sus razones, les dijo bruscamente:

—Por un solo ladrillo que me arranqueis de la torre, no he de dejar hombre á vida en toda Sevilla.

Era preciso rendirse, y rendirse á discrecion, pues los impacientes soldados cristianos pedian á gritos el asalto y arrianaban sus máquinas de guerra á la muralla. A pesar de todo, los infieles obtuvieron en 25 de noviembre el permiso de salir salvos y con sus riquezas de la ciudad, para retirarse á las costas de Africa, ó al punto que mejor les pareciese de los que los árabes aun poseian en la península.

Libre la ciudad de enemigos, purificada la mezquita mayor y convertida en iglesia cristiana, verificó el Santo rey don Fernando su entrada triunfal en Sevilla, á 22 de diciembre de 1248, acompañado de su hijo y de los infantes, don Fadrique y don Enrique, y seguido de los prelados, los magnates, los maestros de Calatrava y Alcantara, don García Perez de Vargas, don Pedro Ponce de Leon, don Pedro de Guzman, don Gonzalo Giron y de mas caballeros de nombradía, con todo lo mejor del ejército.

Tan brillante comitiva paseó en triunfo las calles de Sevilla, yendo á dar las gracias al Dios de las batallas en la nueva iglesia mayor, en la que el Santo rey don Fernando depositó para siempre la espada memorable, su pendon glorioso y los demas trofeos de su victoria.

V.

En el 7 de setiembre de 1407 el infante Don Fernando, llamado el de Antequera, émulo de las glorias de sus mayores, se presentó en la capilla real de Sevilla á obtener la espada de San Fernando, bajo pleito homenaje de devolverla, considerando aquella guerrera prenda, como un talisman precioso, que le habia de asegurar la victoria en las expediciones que proyectaba contra la morisma. Así fué en efecto, y blandiendo la espada de San Fernando, exterminó á los moros en Zahara y Ortoxiar, tomó el castillo de Almonte, taló las campiñas de Ronda, y por último, se hizo dueño de Antequera, de donde tomó glorioso renombre. Acompañado de los magnates, y guerreros que le habian auxiliado en sus conquistas, volvió á traer á Sevilla la siempre victoriosa espada. Verificó el infante su entrada triunfal en Sevilla en 13 de octubre de 1410, llevando delante de sí al adelantado de Andalucía, Perafan de Ribera, con la espada en la mano. Al llegar á la puerta del Perdon, donde el arzobispo esperaba con toda la clerecia, se apodó el infante, tomó la espada y la llevó hasta depositarla en la misma capilla de San Fernando, de donde la habia tomado. Desde entonces y para asegurar la posesion de la espada, hace el cabildo entrega solemne de ella al personaje que la ha de llevar, por escritura pública de homenaje.

Si es solo para triunfar en las batallas para lo que esta célebre espada se conserva en la catedral de Sevilla. Todos los años en la mañana del 25 de noviembre, aniversario de la rendicion de la ciudad, celebra el cabildo so-

lenne procesion al rededor de la santa iglesia, y la espada y el glorioso pendon de San Fernando son llevados en triunfo como recordós de la conquista. La espada en particular, siempre es llevada por la autoridad militar residente en Sevilla ó por el gefe político que ha sustituido al antiguo Asistente, puesto que Felipe II en 1576 á pesar de sus sentimientos religiosos, prohibió que el preste llevase la espada, desde una vez que se entrometió á ha-

cerlo. Reyes, príncipes herederos y embajadores han codiciado el honor de llevar en triunfo esta militar reliquia, que siempre que sale á vista del pueblo de Sevilla, recuerda triunfos memorables, entusiasma á la juventud, y á cuantos no son indiferentes á los heroicos y gloriosos hechos consignados en la historia de su patria.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS HISTORICOS.

DON VASCO LOPEZ,

GRAN MAESTRE DE SANTIAGO.

1338.

I.

Toda historia tiene algo de novela.
Toda novela tiene algo de historia.



La campana del convento prioral de Santiago de Uclés vibraba de hora en hora lúgubres y agudos sonidos.—Era el tañido de la agonía de un moribundo. Tres días seguidos con sus noches habían podido los habitantes consternados, contar por el lúgubre sonido, sin interrupcion ni reposo, todos los minutos de una muerte en suspenso, tan lenta en decidirse; y en la ansiedad de todos los habitantes que seguían sus pulsaciones, se conocía que un grande personaje se hallaba á punto de morir.

En efecto, el hombre cuyos instantes de existencia contaba todo un pueblo, era el gran maestre de la orden de Santiago don Vasco Rodriguez de Cornado, que hacía catorce años gobernaba la Orden; período demasiado largo para la ambición de los que codiciaban recoger por herencia su dignidad, en aquellos tiempos igual ó superior á la de los reyes.

Era entonces Uclés una ciudad populosa, el convento de Santiago la mas insigne y poderosa de las fortalezas de la orden, la dignidad maestra una soberanía ricamente dotada y con numerosas huestes á su obediencia.

Hoy que todas las cosas antiguas han desaparecido, Uclés no es mas que un poblachon de la Mancha, el convento-fortaleza, monumento de tantas glorias, se vá derruyendo, y en vano se ostenta aún en todas las puertas, en todas las paredes, la cruz del Santo Apóstol en forma de espada.

¿Quién hubiera podido decir á aquel pueblo tan animado hace tres siglos, en donde venían á refluir todas las riquezas y trofeos arrancados á los árabes de Andalucía, cuyos tesoros aumentaba á porfía la religiosa generosidad de sus caballeros de todas las provincias de España, que llegaría un día en que se dejarían arruinar los muros de la célebre casa, levantada á costa de tanta sangre, gloria y tesoros, y que los despojos de esta orden guerrera y hospitalaria, se venderían á cambio de un despreciable papel á que el agio del siglo mercantil en que vivimos,

ha dado un valor precario, indeterminado, y tan movable como las pasiones que agitan la codicia humana?

En los siglos del feudalismo, y de la invasion sarracena, los caballeros de las órdenes militares, generosos guerreros, se armaron para restablecer el orden, para castigar las tropelías de algunos señores, y arrancar lentamente y en perpetuas y continuadas lides á los árabes el terreno que les había hecho conquistar tan fácilmente, el degenerado gobierno de los últimos monarcas godos.

La religion, que hallaba en estos caballeros religiosos los defensores de la fé, el apoyo del débil y del menesteroso, consideró desde luego esta orden de caballeria como una milicia sagrada, como un sacerdocio belicoso, digno de los favores y de las bendiciones del cielo.—La iglesia hizo mas augusta y venera le esta heroica institucion, interponiendo su pompa y sus misterios en la recepcion de los caballeros.—Redoblaron estos á su vez su celo y su valor, pensando en el caracter sagrado de que se hallaban investidos, y los pueblos concibieron por ellos el mas alto respeto y veneracion.—Los reyes cuya potestad era entonces tan limitada, se apoyaron en su poder, y daban muestras del aprecio que les merecian hombres cuya fidelidad les era tan necesaria, cuyas fuerzas y riquezas eran inmensas, y á porfía trataron de honrar estas órdenes y hacer con política que fuesen estos caballeros á la vez, la espada, el escudo y el ornamento de su trono.

Así las órdenes militares subieron á tal grado de celebridad y de poder que casi raya en lo fabuloso. Así á los maestros se les vé en aquellos siglos, iguales ó superiores á los reyes. Así los caballeros son el árbitro de los acontecimientos de aquellos siglos, pudiendo decirse que en aquella edad en que desaparecieron las artes y dormían las letras, la caballeria fué un rayo de civilizacion que penetraba y brillaba en medio de las tinieblas de la barbarie.

La muerte del gran maestre de Santiago era pues, un grande acontecimiento. Alonso XI reinaba en Castilla. El reino se hallaba dividido en grandes parcialidades, y la guerra civil se agitaba en todas partes por las pretensiones de los infantes, tíos del rey, don Juan y don Manuel: estas circunstancias hacían aun mas importante y difícil la eleccion del gran maestre.

El lúgubre sonido de las campanas, que de lo alto de la iglesia prioral y conventual de Santiago anunciaba la lenta agonía del maestre, había sido siempre la señal de desencadenarse la ambición de los pretendientes, y de desarrollarse las intrigas y manejos de los poderosos rivales.—Cuando el 4 de marzo de 1338 oyeron los caballeros el funebre eco de la campana que hacía catorce años no había resonado en sus oídos, la agitacion fué general. La primera campanada fué una señal de alerta para todos los caballeros que hacía algunos años que

previendo el próximo fin del maestre, se habían preparado formando pandillas rivales, y cuidando de ganar votos á fuerza de promesas y dádivas que debía cumplir el venturoso sucesor á costa del tesoro de la orden.

No se agitaban en esta eleccion solo los intereses y ambiciones de los caballeros. El rey estaba altamente interesado en que el sucesor del anciano don Vasco Rodríguez de Cornado, fuese de su parcialidad, y combatiese las ambiciosas pretensiones de sus tíos los infantes.

El espíritu de partido, largo tiempo refrenado en las diversas banderías de los caballeros, se había manifestado con toda violencia en los tres dias que duraba la agonía de Cornado. Los grandes dignatarios de la orden que podían aspirar al maestrazgo, por un hábil cálculo se hallaban encerrados en sus casas, mientras los agentes de los partidos rivales, se paseaban inquietos y en continuo movimiento en la plaza, separados instintivamente los unos á la derecha, los otros á la izquierda, como si fuesen dos opuestos bandos dispuestos á darse una batalla. Evitaban encontrarse, y solo se notaban las miradas hostiles, y algunas expresiones de odio que al cruzarse ofendían al acaso.

—Apuesto con cualquiera, decía en medio de un pequeño grupo un caballero andalúz, probar que don Vasco Lopez no puede, no debe ser nombrado maestre!

—Un gallego! replicó otro, bastante hemos tenido con catorce años del que va á morir, que ha llenado la orden de gallegos y asturianos, y tienen todas las mejores encomiendas. Todos estos gallegos no valen el puño de mi espada, ¡miserables, que han vendido sus votos y su conciencia á Vasco; que áttivos y que seguros se muestran de su próximo triunfo!

—Traidores! y el primero Vasco que está por el infante don Manuel, pero nosotros no abandonaremos la causa de nuestro buen rey Alonso XI.

—Pero el rey ha enviado ya sus órdenes para el caso que fallezca Cornado, y hoy mismo ha llegado un recadero de su alteza que está en Cuenca, con orden de que allí se ha de tratar de la eleccion, que allí aguarda á los trece.

—Si, pero como eso es contra los estatutos que previenen que la eleccion se haga en uno de los pueblos de la orden, y los gallegos están en mayoría, han resuelto responder al rey que ellos defenderán las libertades y prerogativas de la orden, nombrando persona que convenga al servicio de Dios y de su alteza.

—¡Ya! á Vasco.

—Pero el rey no se descuidará y ayudará nuestra empresa.

—Confunda Dios á esa gente, y tengamos el honor de sacar un gran maestre de los nuestros.

En otro grupo muy numeroso, un comendador anciano haciendo mil ademanes por el acerbo dolor que le causaba la agonía del maestre, se esforzaba en preparar los ánimos para la eleccion de don Vasco Lopez, sobrino del que se hallaba agonizando.

—El rey don Alfonso quiere, decía, intervenir en los negocios de la orden, y nosotros debemos defender nuestros fueros. ¿No es la orden tan soberana en su territorio como él? ¿No lo hemos arrancado á los árabes á costa de nuestra sangre? ¿Sabeis á quien quiere hacer elegir y cubrir de mengua á nuestra orden?

—¿A quién? contestaron á una voz varios caballeros.

—A un niño, fruto de sus torpes amores. A don Fadrique hijo de doña Leonor de Guzman.

—Un niño de siete años para gobernar la orden! dijo con indignacion otro caballero, un niño, cuando los moros de la vega de Granada llegan casi hasta las puertas de Uclés!

—Tal vez no se atreverá á exigir tanto hoy, pero no lo dudeis, el pensamiento del rey es dar la mesa maestral á su hijo, y aguardará á que crezca algo en años el man-

cebo, procurando tener entretanto un maestre que renuncie el dia que bien le plazca, y que entretanto disipando los tesoros de la orden le busque parciales.

—Don Alonso Melendez de Guzman, es el hombre que Alfonso XI ha designado para que le guarde como en depósito el maestrazgo.

—¡Don Alonso Melendez de Guzman, el digno hermano de doña Leonor! dijo soltando una irónica carcajada uno de los mas jóvenes.

—La madre de esa porcion de bastardos, que un dia han de continuar la guerra civil, que tantos años ha devastado á Castilla.

—Firmeza, amigos, dijo el comendador, y la victoria sera nuestra. Nada hay que temer de la aproximacion del rey. Don Vasco está de acuerdo con el infante don Manuel. Donde se inclina la balanza de la espada de Santiago, allí está el triunfo.

—¡Viva nuestro nuevo maestre don Vasco! añadió después el comendador, yo en su nombre ofrezco á todos las mercedes y cargos de la orden.

—¿Quién habla de mercedes y cargos? murmuró hipócritamente y en coro el grupo de caballeros gallegos, pensando cada cual en las encomiendas y gobierno de las fortalezas que había de pretender.

Mientras que todas estas palabras y otras mil semejantes se cruzaban en los grupos, y se creaban y levantaban nuevas ambiciones, las de los ancianos de la orden y gefes de las banderías para las mas pingües encomiendas y altas dignidades, las de otros menos influyentes por ventajas personales que podían sacar de una nueva eleccion de un caballero elegido por ellos, el gran maestre don Vasco Rodríguez de Cornado luchaba con las últimas agonías de la muerte, en su palacio-convento situado en la misma plaza, teatro de tanta agitacion y movimiento. —En medio del poco pesar que inspiraba esta muerte, y de la efervescencia de los ánimos, fijaban algunos sus miradas con ansiedad en el grande y pesado edificio cuadrado, convento á la vez y palacio. Temían algunos ver aun parecer vivo delante de los que se disputaban tan cerca su herencia, al anciano Cornado, cuya muerte todos aguardaban, porque mas de una vez el malicioso anciano se había complacido en fingir y exagerar sus dolencias, dejando que se formasen cabalas y partidos que con irónica risa había desbaratado, presentándose lleno de vida y salud en los balcones del convento, burlando la esperanza de sus futuros sucesores.

Mas sin miedo fijaban sus ojos ahora los caballeros en el macizo y pardo balcón de piedra del convento, velo monástico que ocultaba la agonía de un caballero religioso y soberano.

Cornado no debía volver á presentarse mas en este balcón!!

En tanto que los caballeros mas áttivos se hallaban en la plaza, los gefes de las parcialidades rivales se hallaban en sus casas, y uno de los puntos de reunion de la de los partidarios de Vasco era la casa de doña Sancha de Castilla, deuda muy próxima del maestre Cornado, á cuya sucesion trataban de elevar los caballeros gallegos y asturianos á Vasco, no tanto por el espíritu de provincialismo, como por ser sobrino de Cornado. Doña Sancha había tenido un hermano comendador y clauero de la orden, muerto hacia ya tiempo, y que había sido el amigo, el compañero de armas del comendador Vasco. Juntos habían hecho sus primeras campañas, juntos habían subido á los primeros cargos de la orden. Doña Sancha gozaba de una gran fortuna, y había venido de Galicia á Uclés en una edad en que la maledicencia nada podía decir de sus cotidianas relaciones con el comendador don Vasco. Su devocion y estremada bondad la habían defendido de toda murmuracion aun en los bellos dias de su juventud. Además, su amistad con Vasco tenía tan fácil explicacion que jamás había ocurrido á nadie dudar de

la virtud de doña Sancha y de la austera severidad de costumbres del comendador don Vasco. Vasco era altivo, ambicioso, soberbio, tal vez avaro, como decían sus contrarios, duro en su trato, de lo que se quejaban los caballeros que habían servido bajo sus órdenes, pero ni aun los que le atacaban en su carácter y modales, pusieron jamás en duda la rigidez de su vida. La vida de doña Sancha estaba consagrada á la devoción. Solo había abandonado á Uclés dos veces en el espacio de veinte años, la primera para ir devotamente en peregrinación al sepulcro del santo apóstol Santiago, y entonces la acompañó su hermano, el amigo inseparable de Vasco, y la otra hacia cinco años que había ido á Oporto, y de donde había vuelto acompañada de una linda joven de diez y siete años, que era su pupila, algo parienta suya según decía, y de la familia de los Rodríguez de Galicia. —El último suceso de la pacífica vida de doña Sancha, había sido después de la muerte de su hermano el comendador don Suero, y la venida de la joven Leonor, su pupila, la reciente llegada á su casa de la bella Isabel, estrangera, de hermosos ojos negros, y cuyo conocimiento había hecho cuando diez años antes había estado en Portugal.

La estancia de doña Sancha donde se hallaban reunidos los parciales de don Vasco, tenía todas las apariencias de un palacio de aquellos tiempos. —Admirábanse en ella magníficos objetos de países lejanos, de que la opulencia y el gusto del difunto comendador su hermano, había llenado las habitaciones, despojos ópmos de las caravanas, de las presas hechas á los infieles, preciosos tegidos venidos de la Arabia ó sacados del serrallo de los emperadores de Marruecos, para los harenes de los reyes de Córdoba y Granada, telas de Ispahan, sedas de Batsoira y de Trebisonda, ricos tapices de Smirna, en fin, el lujo de los emires, de los bajaes y de los principes en la morada de una hermana de un comendador, y de una amiga de un futuro maestre de una orden religiosa, pues estos ricos objetos ó eran herencia de su hermano, ó dadas de don Vasco.

—Y bien, señores, decía la estrangera Isabel, viendo que las conversaciones eran en voz baja y misteriosa, y que doña Sancha afectando pesar por la enfermedad del gran maestre nada decía, y bien ¿qué noticias hay del maestre?

—¿De qué gran maestre habláis, señora? contestó un caballero, porque á estas horas tenemos dos ó tres en Uclés.

—¿Podeis dudarlos? respondió Isabel cuyos ojos se fijaron en el caballero que tan inoportuna respuesta la dió, hablo de ese pobre anciano vuestro único gran maestre en tanto que viva, y que tal vez espira en este momento, solo y abandonado en su palacio..... ¡Oh! cuán duro es morir así sin que nadie le lllore y con alegría de todos.

—Exageráis las cosas, señora. Yo os aseguro que nuestro muy amado gran maestre no lleva las cosas tan apriesa como suponeis; ya hace tres días que esa maldicienda campana está sonando....

—Señora, dijo otro comendador joven aun, mejor será que vos nos deis algunas noticias, porque si dura esto algún tiempo vamos á morirnos de fastidio con tan lenta agonía. No podeis figuraros lo que es Uclés hace tres días. En verdad que habeis escogido mala ocasión para venir á Uclés, pues os recibimos á son de campana funeral. Debíais exigir una reparación á la orden por la triste acogida que os hace, y yo, señora, pediría ser el que viniese á dárosela de rodillas.

Isabel lanzó una mirada de agradecimiento al galante comendador, contestándole:

—Os aseguro caballero, que la orden no me debe reparación alguna, que Uclés me agrada mucho, con sus murallas, bastiones y castillos tan formidables á los moros, y cuando he llegado y he visto por primera vez esta villa con todo el orgullo de sus fortificaciones, me ha parecido ver un glorioso y luminoso faro, una flotante ban-

dera á que se unían vagos recuerdos míos, y aun no sé qué esperanzas, en fin, se han despertado en mí los ensueños de mis pasados años.

—Los elogios que haceis, respondió el joven comendador, de la villa y de nuestro convento, nos hacen esperar que tendremos la dicha de que permanezcáis aquí algún tiempo.

—¡Vuestro convento! modesto sois en verdad, comendador, replicó vivamente doña Isabel. Vuestro convento que es un palacio fortificado, que tiene sobre su puerta una corona, y que en lo alto de sus torres ondea la bandera de una orden soberana y militar, con la estatua del santo apóstol triunfante, con su brazo armado de la fulminante espada para combatir á la morisma, y bendecir á sus caballeros, que forman una milicia noble y poderosa, con un gefe al igual de los reyes, y á quien solo le falta para serlo el hacer acuñar moneda con su busto. En verdad que la palabra convento, me parece muy poco á propósito.

—¡Por eso sin duda, dijo en tono burlesco un comendador de los que hasta entonces habían callado, los partidarios del rey don Alfonso votarán á Guzman, porque el rey podrá darles en recompensa de sus manejos algunos millares de su retrato en buenos y nuevos ducados, para pagar sus deudas, ya que no puedan tener el busto del digno hermano de la mancha del rey!

Sobre este punto iba ya á girar la conversacion, cuando abriéndose la puerta de la estancia notose gran movimiento en todos. A porfía se apresuraron á saludar y manifestar su deferencia y respeto al rededor de un caballero de elevada estatura, aire noble y severo, y que en vano se esforzó por devolver afables saludos penetrándose en ellos su orgullo y altivez.

Un caballero de los que estaban de espaldas á la puerta donde se dirigia el movimiento, adelantose hacia doña Sancha, y fingiendo no haber visto al que entraba, levantando la voz cuando éste llegaba cerca exclamó:

—Si señora, lo repito, y no había dicho nada hasta entonces, el que será gran maestre es don Vasco Lopez, ¡Así Dios me oiga!

Al volverse de repente, saludó profundamente al personaje que se hallaba ya detrás de él, y que no era otro que el feliz competidor de don Alonso Melendez de Guzman, el que la imponente liga de los gallegos favorecía, el sobrino del maestre que iba á espirar, ¡el comendador don Vasco Lopez!

Al oír pronunciar el nombre de don Vasco Lopez, á su aspecto sombrío y severo, los labios un instante antes risueños de doña Isabel, enmudecieron, y fascinada, sintió desfallecer su corazón. Sus negros y hermosos ojos fijábanse con asombro, ya en el que había oído pronunciar el nombre de don Vasco, ya en el mismo don Vasco, y sus dilatadas pupilas contemplaban con asombro y angustia su altivo rostro, al que parecía interrogar algo aunque en vano, porque sus labios en valde trataban de murmurar una ininteligible palabra y cayó desmayada.

Apresuráronse á socorrerla la respetable doña Sancha, y su interesante pupila Leonor, que durante toda esta conversacion no había desplegado sus labios, ocupada en bordar en una ricalabor al estilo oriental.

—A fé mia, dijo en voz baja el joven comendador al caballero que había nombrado á Vasco y casi saludándole como maestre, que su rostro severo ha causado terrible espanto á estas señoras. Igual efecto cuentan que producía la cabeza de Medusa.

—Guardaos, comendador, contestó el caballero, de que esta cabeza de Medusa, como decís, no petrifique nuestras esperanzas, porque yo temo mucho las intrigas del rey que está ya en Cuenca, y yo temo, aunque hace poco vos y yo decíamos lo contrario á los otros. Si no sale don

Vasco, adiós nuestra ambición, nuestros proyectos, jamás llegaremos yo á comendador, y vos á los cargos principales de la orden; jamás tendremos votos é influencias

en el capítulo, y lo que es peor, nos faltarán las rentas de una buena encomienda para pagar nuestras deudas de caballeros.



SUS LABIOS EN VALDE TRATARON DE MURMURAR UNA ININTELIGIBLE PALABRA Y CAYÓ DESMAYADA.

Las campanas del convento prioral de Uclés cesaron de sonar.... El gran maestre de Santiago había muerto. Su cadáver había sido sepultado á los tres días en una de las capillas laterales de la iglesia, y al cabo de los tres días nadie se ocupaba del que por catorce años había regido la poderosa orden de Santiago. — Una sencilla piedra tumular donde groseramente hay esculpido un caballero con una larga espada, y dos páginas en los cronicones de las órdenes, es cuanto dejó la memoria de los caballeros á los futuros siglos sobre el vigésimo cuarto de sus maestros soberanos.

El rey don Alfonso XI cuyo fuerte carácter le ha valido en la historia el renombre de *Vengador*, había sig-

nificado su voluntad á la orden, y su voluntad la apoyaba con algunas tropas con que había ocupado la ciudad de Cuenca. Alfonso contaba con algunos aunque pocos de los individuos del capítulo; pero la mayoría había desechado sus propuestas, y habían decidido elegir libremente un gran maestre.

El momento de la elección había llegado.

La mayor parte de los electores se hallaban reunidos, y el prior de la casa conventual de Uclés, aunque acérrimo partidario del rey, sometiéndose al fallo de la mayoría había dado principio á las operaciones preliminares á la elección. Con pausado y grave acento leyó las definiciones de la orden, en las que entre otros capítulos se contiene este muy notable.

«Queremos y estatuímos que los concubinarios públi-

cos, que deberán calificarse de incestuosos y adúlteros y sacrilegos, queden incapaces de obtener ningunos bienes, dignidad, cargos, ni beneficios cualesquiera que sean. Si los tuviesen ordenamos de que sean privados de ellos y espulsados de la orden.»

«Si cometieren un crimen atroz, el criminal será entregado al brazo secular.»

—¡Caballeros religiosos! dijo despues el anciano don Mendo, ¡nobles hombres de Castilla que cubris vuestros generosos pechos con las insignias de los guerreros, la cruz del grande apóstol Santiago, terror y espanto de la morisma! Dios ha llamado á si al poderoso maestro don Vasco Rodriguez Cornado, que por catorce años ha sido la gloria y el esplendor de la orden, que bajo su mando ha vencido á los Abomeliques, Reduan y Abuzabet en Murcia y en otras ciudades, y estendido el territorio de nuestra orden considerablemente, Dios nos ha privado de un padre, y de un digno gefe.—Que la eleccion de su sucesor nos haga olvidar el duelo que cubre nuestro corazon.—Hoy libres, sin pasiones, sin afecto, designad el que creais digno de sucederle.—Alejandro III, pontífice de eterno renombre, quiso que si bien el maestro sea el gefe soberano de la orden, esta lo fuese todo, y que tuviese que acatar su ley. Que á aquel cuya eleccion os inspire el Señor, no se desvanezca al mirarse en la altura á que vais á elevarle, que sea religioso, guerrero, hermano de todos, y que no juzgue eterno su poder, porque verá si abusa de su dignidad, romperse el cetro maestral como un vaso de fragil barro, y vendrá á perder su dignidad en el instante en que fuere indigno de ella. Si olvida que nuestro instituto es batallar por estender la ley de Cristo, y se duerme en las delicias de la tierra, oirá de repente el clarín del juicio, y encontrará en medio de los festines la mano fatídica que trazó con caracteres de fuego la sentencia de Baltasar, y derrocó su poder!

Los electores escuchaban la voz austera del prior, y se preparaban á dar un gefe á la orden de Santiago.

Vasco iba á recoger el fruto de los trabajos de toda la vida. Vasco se paseaba solo, meditabundo, inquieto en la sala inmediata á la en que se celebraba el capitulo. Hacía cinco noches que no dormía, el descanso le era imposible en semejante crisis, así su rostro pálido y desencajados sus ojos le daban al pasearse lentamente, embozado en su manto blanco donde campaba la roja cruz de Santiago, el aire de una de las estatuas levantadas de uno de los sepulcros de los caballeros, que hubiese vuelto á la vida, para presenciar lo que hacian sus sucesores.

—¡Cuatro!... cinco!... diez cabales!... decia paseándose y parándose maquinalmente á cada instante. Decididamente llevo mucha ventaja al comendador Guzman, no obstante el apoyo del rey. Mio es el triunfo, seguro... pero hay terribles chascos tambien. La mas leve circunstancia, un dicho, una palabra, una fatalidad inesplicable pueden hacer abortar los planes de diez años, las mas bien fundadas esperanzas.—¡Qué agitacion sufro en el alma que está pendiente entre la vida y la muerte! y tener que componer el semblante, y que reír, y que disimular para que no lean en mi rostro!... ¡Cuánto tiempo aun que aguardar! Cuanta lentitud en las fórmulas! primero hacer juramento!... luego nombrar los trece... esos trece en cuya mano está todo el poder, oh! mas valdría sufrir la tortura. Luego los trece y el prior se retiran, y entonces ¡qué terrible aguardar! que silencio, qué ansiedad! Temo que no he de poder disimular, y que al hacerse la votacion, oigan desde lejos que late mi corazon. Cuando el mas anciano llegue, y abra el balcon que cae á la plaza, y anuncie con trémula y conmovida voz el nombre del que hubiesen elegido por su maestro y soberano, cuando todos alarguen la cabeza para mejor escuchar el nombre que vá á pronunciar. ¡Oh! cuantos dias de mi vida se consumen en ese minuto de silencio, y

por oír ese nombre que sabe ya el caballero que vá hablar, y que á mi me tarda una eternidad en oír!... ¡ese nombre será el mio!... ese gran maestro seré yo!... no puede ser nadie, mas que yo!... y despues de hinojos postrados todos se confesarán mis vasallos, besarán mi mano de que podrán recibir mercedes, entonarán los canticos de alabanzas del Señor... Ay! si fallare mi esperanza, al atravesar la iglesia para besar la mano á otro, mis piernas vacilarían, caería muerto de dolor... ¡podría yo besarla mas la mano de ese nuevo gran maestro?... ¡yo besar la mano de don Alfonso Melendez de Guzman? oh!...

Y al mismo tiempos hondos suspiros se escapaban de su pecho, y redoblando sus pasos recorría velozmente el espacio de la estancia, hasta que calmándose su agitacion, acortó sus pasos é iba ya á entrar en la sala del capitulo general, á lo que tenia derecho por su alta dignidad, cuando un recadero de la orden vino á decirle que una muger que traía el rostro cubierto con un velo deseaba hablarle con grande instancia.

Rara era en aquella ocasion y en el convento la visita de una muger, y mas para el comendador Vasco, cuyas austeras costumbres eran conocidas, pero Vasco conoció que era preciso oirla, porque tal vez podrían valerse de ella para darle algun aviso importante sus parciales, y en aquellos momentos todo era urgente y vital para él.—Mandó al recadero que la introdujese á aquella misma estancia, y á pocos instantes volvió este acompañando á una muger, que aunque cuidadosamente cubierta con un largo velo, dejaba conocer en el aire y delicados contornos de su cuerpo ser persona principal. Saludó inclinándose profunda y respetuosamente, y se retiró dejando á la misteriosa encubierta delante del comendador Vasco.

Receloso y preocupado, permaneció este delante de la señora del velo, que por su parte tambien permanecía inmóvil y encubierta siempre, y que estremadamente turbada, no acertaba á pronunciar una palabra. Al fin quitándose el velo, y mirando fijamente á la cara de Vasco, con voz conmovida y dolorosa dijo:

—¿Me reconoceis, señor?

—Nunca os he visto la cara mas que una vez, respondió sorprendido Vasco, hace cuatro dias cuando os desmayásteis en casa de doña Sancha.

—Miradme bien, ¿me conocéis?

Comprendió Vasco que semejante pregunta encerraba un pensamiento profundo y grave, examinó atento el rostro de esta muger, que si bien bella aun, habían pasado los dias de su juventud; la vió pálida, hermosa, pero con un aire fatídico en su semblante: evocó en vano sus recuerdos y no halló otros mas que los de la casa de doña Sancha, y así contestó:

—No os conozco! creedme

—Pues yo sí que os conozco, caballero de Santiago, comendador de Montanechez, sois don Vasco Lopez, quereis ser gran maestro de Santiago, dictar leyes á esta orden poderosa, ser igual al rey de Castilla, tener un gran tesoro, muchas villas y fortalezas, y despues de vuestra muerte un sepulcro que revele á los siglos vuestro nombre.

—¡Si me conociésteis señora!... dijo Vasco que empezaba á hallar en aquella voz algun recuerdo lejano de su vida pasada.

—¡Silencio! y no me interrumpais, que á mi me toca levantar la voz ahora en este palacio, ó convento, como querais llamarlo. Yo conozco cuanto abraza vuestro corazon, donde su único ídolo es la ambicion que os ha hecho renegar de todo. Ese sentimiento impetuoso, esa sed inestinguible del poder os ha hecho ya dos veces perjuro. ¿Quereis que el perjurio os muestre? Perjurio fué el profesar, y dispuesto estais otra vez á mentir á Dios y á la orden por ser su gran maestro, pero esta vez no lo hareis, no, porque estoy aquí yo. ¿Lo oís? Yo ha-

blaré al capítulo, yo demandaré venganza por la fe que habeis quebrantado; yo les diré que pérfido y mal caballero habeis insultado a Dios, os habeis burlado de la orden; que sois en ella una blasfemia viviente que a fuerza de hipócrita disimulo habeis vivido doce años en ella, que casado sois religioso, que sois mi esposo, y que yo soy vuestra muger, que me habeis robado sin compasion arrancando de mi lado mi hija, despues de haberme abandonado.

—¿Quién sois, señora, pues? dijo Vasco asustado, fuera de sí, ¿quién sois? ¡Hablad mas bajo por Dios! Cual campana funeral resuenan en mi oido vuestras palabras, que queman y destrozan y matan el alma sin misericordia. Si llegase a oiros alguien! ¡si de ahí se oyese vuestras voces! y al mismo tiempo señalaba a la sala de capítulo. ¡Hablad mas bajo por Dios!

—Mis palabras las ha de escuchar la orden, y os juro que su eco ha de resonar en toda la cristiandad. Dios me ha traído a Uclés, una atraccion irresistible me condujo aqui, ¡oh! voy a quedar vengada.

—Venganza, ¿y de qué? Si yo infeliz fui separado de

vos por mi familia, si mas tarde despues, creedme por mi honor, os he llorado por muerta...

—Vasco Lopez, ¿llorar vos?... Nos conocemos y no os creo. Pero habeis pensado una sola vez que yo he llorado. Os habeis acordado de que hace diez y ocho años un naufragio arrojó cerca de vuestra casa en las costas de Galicia una jóven, que esta jóven a quien salvaron no sé como, hallándose sola en una casa retirada en medio de unos pobres pescadores, recibió las visitas de un hombre, que aunque habia ya pasado los verdores de su juventud, la habló de amor, y escuchó sus palabras cuando de rodillas la rogaba le amase, la besaba sus manos humedeciéndolas con sus lágrimas y cubriéndolas de ardientes besos. Mas tarde a nombre de ese mismo amor, y como estaba ya en la época de la vida en que los hombres tienen un corazón generoso, y creen, le habló de vínculos sagrados y eternos, y una noche vino y la jóven salió de su asilo solitario, y fué a una iglesia donde entre las sombras de la noche, el silencio y vagos terrores, un anciano sacerdote bendijo su union. Os acordais de que mas tarde en esa casa solitaria la jóven fué madre, pero el hom-



bre que la habia jurado amor y fe eterna, no volvió ya; y alarmado el instinto maternal despues de tanto aguardar en vano un dia y otro dia, la jóven se escapó y recorria las calles de las ciudades, y los castillos y los campos, preguntando por un poderoso señor cuyo nombre la habian ocultado, y cuando encontró el nombre de éste, se dirigió a su familia invocando sus derechos; pero su familia la arrebató su hija, y la hizo encerrar despues como una loca, que reclamaba una hija, y a un padre para esta hija; pero como la jóven pedia siempre el padre y lo llamaba con el nombre que la habian dicho, un dia la dijeron que habia muerto, y lo creyó; porque aquel

hombre la habia amado tanto, que la muerte solo podia alejarlo de ella; lo creyó porque el abandono en que se hallaba la convencía de su muerte, y le lloró sin cesar. El instinto de la libertad, y el cansancio de los encargados por tanto tiempo guardarla, la hicieron huir y correr el mundo para buscar una hija que no la dejaron para llorar con ella. Vasco a quien tanto he llorado, a quien creia muerto y que me habias abandonado, tú me has hecho encerrar por loca porque lloraba, tú me has abierto un abismo y me he lanzado en él, he recorrido un camino que no me atrevo a mirar y a nombrar. Tú en tanto hacias voto de caballero y de religioso, y has subido tau

alto en la orden que no tienes mas que dar un paso para ser gran maestro. ¡Oh! Dios me ha conducido aquí y llevo a tiempo. He guardado cual un precioso tesoro el acta de nuestro matrimonio, mirala....

Y al mismo tiempo, le enseñaba un pergamino que apretaba convulsivamente entre sus manos.

—¡He aquí la firma del sacerdote Isidoro que nos unió... he aquí tu firma también.... mira el sello de tu espada, durante diez y ocho años lo he guardado, diez y ocho años de lágrimas y de pesares, y ha llegado el término de mi llanto. ¡Mi hija! mi hija! porque yo haré ahora que me la devolvais.

Vasco se hallaba como herido de un rayo. —Vasco no oía ya. ¡Qué le importaban las lágrimas que hubiera podido verter ó no Isabel! —¡Un hecho terrible estaba delante de él, esta mujer vivía, era casado! casado y el maestrazgo de Santiago se le escapaba! La tierra se abría á sus pies, iba á caer en el fondo de un abismo, cuando esperaba elevarse á la mayor altura. Vasco no salía de su estupor, y casi insensiblemente sus labios pronunciaron casi maquinalmente:

—¡Vuestra hija ha muerto!

—¡Muerto mi hija! Ah, no, mentis, ah! decidme por Dios que mentis. No ha muerto, continuó despues de un momento de silencio; durante el día pienso sin cesar en ella, y por la noche la veo risueña á mi lado. Mi hija vive, estoy segura, un instinto me lo dice. ¡La amo tanto! cuando me dijeron que habíais muerto por servir vuestra ambición, lo creí, pero mi hija no ha muerto, no! Aunque me lo repitais cien veces no os creo.

Vasco permanecía silencioso é inmóvil.

—¡Hablad! yo os he maldecido y quería vengarme, y no he de salir de aquí sin haberlo conseguido. He de causar mas estrago que el rayo que el cielo lanza en su cólera. Aquí os descubriré á la faz de todos los caballeros, y será infame vuestro nombre á los ojos de toda la cristiandad.... Si mi hija estuviese aquí, si me la devolviérais, apesar de mi rencor yo no sé lo que me hiciera.

En aquel momento tres grandes campanadas resonaron en la torre del convento. Un instante despues todo quedó en silencio. Vasco salió al oír la campanada, de su estupor y alzando las manos al cielo:

—Señora, dijo, los trece acaban de retirarse á hacer la elección. ¡Callad, señora, por Dios, Vos y yo.... los demás no saben nada; y como si hubiese comprendido por una súbita intuición todas las palabras que le había dicho Isabel y que no había oído, añadió; os volveré vuestra hija.

—¡Ah! vive, ¿con qué voy á abrazar á mi hija? Dios mío, volveré á verla. ¡Oh! no me engaños, no, al oírlos ahora decir que vive, lo dudo; creía antes mis presentimientos, pero á vos no os creo nada. ¿Por quién me jurais que vive? ¿por quién jurais que me la devolveréis?

Vasco miró con furor á aquella mujer que era un obstáculo, un peligro, una muerte para él en el instante por tantos años esperado, en el último momento. Estaban solos.... tal vez una tentación horrible, pero imposible, asaltó su imaginación, su mano acarició involuntariamente el cincelado mango de su daga. Sus ojos relampaguearon de furor.

—¿Y por quién me jurais señora, que callareis, y que callareis ahora y siempre?

—¡Por mis sufrimientos de madre, por el odio profundo que os profeso, por la vida de mi hija!

—¡Y yo, dijo Vasco entrando en la sala del capítulo, por mi cruz de gran maestro de Santiago!!

III.

En la parte exterior del convento cuyas puertas custodiaban algunos caballeros, la multitud del pueblo se agolpaba, apiñada, impaciente, como si al través de los espe-

sos muros quisiese ver lo que pasaba en el interior. El ruido que formaba esta inmensa multitud, no era el de bulliciosos gritos sino el rumor de la impaciencia y del respeto. Eran una multitud de conversaciones en voz baja de que resultaba un zumbido sordo y general. Unos aguardaban por curiosidad, y otros por interés, saber el nombre del nuevo soberano de Uclés, y otros se preparaban á contrariar el nombramiento si no era el que el rey Alfonso XI. deseaba. Había, pues, curiosos, parciales de la orden y cons; iradores. El prior don Mendo, presidente de los trece que en aquel momento iban á dejar caer sus votos en la urna, á elevar al maestrazgo á uno de los caballeros, era el jefe de los parciales del rey. —Ninguna esperanza de triunfo había llevado al capítulo, pero se prometía luego minar y destruir la elección. — Don Mendo era un anciano respetable, modelo de virtud y de religiosidad. Vivía austeramente en compañía de un niño que años antes la caridad había espuesto al nacer en sus puertas, y le amaba como un padre ama á su primer hijo. Vivía solo con él en una modesta casa, no teniendo por sirviente mas que una anciana criada que había criado al niño Ramiro. El sacerdote era como el pensamiento de aquella morada, Ramiro el ruido, la vida, el movimiento, y la anciana la Providencia. Feliz hubiera sido el desventurado anciano, si los negocios políticos no hubiesen venido á alterar sus últimos días. — Ramiro tenía entonces diez y ocho años, era toda la vida, todas las delicias del virtuoso prior que le había servido de padre, la alegría de su casa, su único vínculo en la tierra, su pensamiento fijo único en todas partes excepto en el templo donde muchas veces pedía fervorosamente á Dios por él. — Ramiro tenía un alma ardiente, y un valor decidido. Ramiro era uno de los parciales del rey, porque su bienhechor era el jefe de estos en Uclés. Ramiro parecía esperar pensativo el éxito de la elección, pero el objeto de sus meditaciones era la bella imagen de una hermosa joven que hacía seis meses el amor había grabado con caracteres de fuego en su pecho. Sabía su nombre, conocía su morada, y mil veces había pasado por delante de ella, y los hermosos ojos de la joven le habían dado á conocer que comprendía su pasión y que era correspondida, pero la joven era la rica pupila de doña Sancha, y él era un infeliz de origen desconocido, y sin mas apoyo que el de un anciano que le había servido de padre. Preocupado únicamente con la imagen de Leonor, embriagaba su alma con este amor sin esperanza, amor imposible, el primero que había sentido su corazón, mortal herida que no se cura jamás. Así había abrazado con calor los proyectos del rey como un medio de adquirir una posición que le permitiese aspirar al objeto de su amor.

—¡Qué cosa tan hermosa es ser caballero! pensaba interiormente Ramiro; tener honores, llevar una muestra incontestable de su nobleza, evidente como la roja cruz que se lleva sobre el corazón, tener derecho para pretender ser esposo de las hermanas y de las sobrinas de los caballeros.... pero el rey también puede ennoblecer, y de él emanan todas las dignidades y todos los honores....

Abrióse de repente en este momento el gran balcón de piedra que hay sobre la puerta principal del convento prioral de Uclés.

—¡La proclamación! gritaron á la vez mil voces.

Y de todos los puntos de la plaza se alzó un grito unánime, inmenso, penetrante, de aclamación.

¿A quién saludaba el pueblo? El mismo no lo sabía. Saludaba el suceso, al maestro, cualquiera que fuese, saludaba al cambio de cosas, á la novedad. Este inmenso clamoreo era un homenaje, y como el sacrificio de los paganos al Dios desconocido.

Un caballero acompañado de varios servidores de la orden apareció en el balcón, desplegó el estandarte de Santiago, y gritó al pueblo:

—El muy noble y poderoso gefe soberano y gran

maestre que acaban de elegir los nobles caballeros de Santiago, es don Vasco Lopez. ¡Tenedlo entendido!

El pueblo con su voz inmensa dió un nuevo grito de aclamación.

—¿Qué os había dicho vuestro padre el prior? preguntaron varios de los parciales del rey a Ramiro.

—Que aguardásemos.

—¿Y qué dirá ahora?

—¿Que no aguardaremos mucho!

Brillante, triunfal fué la salida del nuevo gran maestre despues de haberse cantado en el templo el himno de acción de gracias al Dios de las batallas por la elección del nuevo caudillo de las huestes de Santiago. Vasco marchaba orgulloso, altivo, rodeado de los caballeros de su orden, pero al salir encontró entre las miradas de la multitud, una mirada que aguardaba la suya, que penetró hasta su corazón, inexorable y fría como la hoja de un puñal. Isabel se había colocado en la plaza para verle salir. Un sudor glacial cubrió la frente del maestre un

momento antes tan altivo. El ruido de la bulliciosa multitud que le rodeaba le pareció como la voz de otro mundo, su triunfo un funebre cortejo, su felicidad acababa de disiparse herida de muerte.

La mirada de Isabel que se había encontrado con la suya, contenía una intimación, una amenaza. Delante de aquella muger se desvanecía toda su fortuna.

Los parciales del rey en el momento de la proclamación se habían dicho al separarse para conspirar: «No aguardaremos mucho!»

Aquella muger en el momento de su salida del capitulo como maestre, colocada en la plaza de Uclés como un hito funebre y fatídico, acababa de decirle con sus miradas:

«No aguardaré mucho!!»

(La conclusion al próximo número.)

J. MUÑOZ MALDONADO, CONDE DE FABRAQUE.

ESTUDIOS ANEDOTICOS.

LA CASA DE UNA REINA.

SIGLO XV.



erian las doce de una noche serena del mes de mayo: la luna vislumbraba entre aplomadas nubes plateando apenas las erguidas torres de Medina del Campo, corte a la sazón de los reyes Católicos.

Dos ginetes avanzaban á buen paso por el camino que destaca desde esta vi-

lla á la de Arévalo, distante una jornada de tres horas. Era el uno un caballero joven, alto y de aventajado talle, barba espesa y negra, y agraciada fisonomía: montaba un frison tostado de blancas crines, y amen de su armadura, ceñía un largo acero toledano cuya contera golpeaba los cuadriles del gallardo bruto. A su derecha, y cabalgando en un óvero descolado, iba una dama en cuya hermosura varonil se traslucía aun el despecho de su edad, que podría frisar en los diez lustros. Era su traje entre guerrero y cortesano, y así participaba de las preseas de una dama como de los arneses de un caballero.

Cuando los dos ginetes se hubieron alejado un buen trecho de Medina, frenaron sus bridones, dejándoles caminar á su ordinario paso; y despues de un momento de silencio dijo la dama á su compañero de viage:

—Nadie ha parado mientes en nuestra partida, según presumo, merced á tu sigilo y buena diligencia.

El caballero inclinó la cabeza y besó respetuosamente una mano que la dama le alargaba con la mayor dulzura.

—¿Pusiste aquella carta sobre la mesa de Fernando?

—Todo lo hice según las órdenes de Vuestra Alteza.

—No he querido participarle este designio, por no empeñarle á que me acompañara en tan pueril expedición. Cuando lea mi carta.....

—Aplaudirá en el alma el noble pensamiento de Vuestra Alteza y.....

—Basta, Tello. Ahora no soy mas que una dama que peregrina con su caballero; y nunca los caballeros dan tratamiento á las damas que se encomiendan á su custodia.

El doncel volvió á inclinar la cabeza en señal de respetuosa gratitud. La dama prosiguió:

—Há ya muy largos días que abrigo este deseo, y no he querido dejarle sin satisfacción. Es deseo que así me aqueja en la corte y entre el bullicio de una fiesta, como entre el polverío del campo de batalla.

—Y digno es tal deseo del noble corazón de Vuestra Alteza....

—Dáale con la Alteza.... Tello, los caballeros han de ser mas obedientes á las damas en cuya guarda se empeñaron.

—Perdonadme, señora; mi deber.....

—Vuestro deber es no desagradar á la dama que vá en vuestra compañía. ¿No son las torres de Arévalo aquellas que al lejos se distinguen como unas lanzas negras que tocan en las nubes?

—Sí, á fé.

—Cuántos recuerdos despiertan en mi mente á su presencia ¡Arévalo! Allí respiré tranquila en las horas serenas de mis primeros años! allí... ¡Qué dulces son los recuerdos de la infancia! Allí se alzan aun los negros paredones de una casa sombría... En ella ha repetido el eco mis inocentes cantinelas.... Allí han resonado por vez primera mis oraciones... Há ya mas de treinta años que pisé por última vez el dintel de aquella casa: que miré, para perderle despues de vista, su denegrido muro.... ¡Amada casa mía! quiero volverla á ver antes de morir... será un capricho tal vez, pero no he podido resistir al deseo de contentar este capricho de mi alma. ¡Arévalo! A vista de esas torres cuyas campanas me han despertado tantas veces, requiriéndome otras al blando sueño al anun-

ciar la vela; al contemplar esas murallas en cuyo recinto vi tantos días el nacimiento y la muerte del sol que doraba con sus rayos mi vivienda, ¡cómo palpita este corazón preñado de recuerdos!

La dama exhaló un suspiro, y clavando sus ojos en el cielo, mantúvose un instante como entregada á un éxtasis profundo.

Siguiendo despues su marcha silenciosamente, los dos ginetes llegaron á las murallas de Arévalo, atravesando el puente llamado de Medina.

—Cerrada está la puerta, dijo á la dama el caballero; llamar será preciso. ...

—No es por aquí la entrada que yo busco; sería forzoso atravesar toda la villa: sígueme.

La dama hizo girar su bridon hacia la derecha, imitóla el caballero, y entrambos, caminando río arriba del Arevalillo, por bajo de las murallas, atravesaron los arrabales, yendo á dar á la puerta de San José, nombre que conserva todavía un arco almenado en cuyas quiebras y roturas mece hoy el viento la yerba envejecida de cuatro siglos.

A la sazón un peregrino que acababa de llegar golpeaba la tosca puerta, con su bordon abierto y resecaído por el sol de la Palestina.

—¿Quién va? respondieron desde adentro.

—Ave Maria purísima; hermanos, abrid á un pobre Romero que demanda hospitalidad.

—Buena hora de pedir hospitalidad, ¡voto al rey Chico de Granada! Venga despues del día que estará la puerta de par en par.

—Veinte leguas traigo andadas: hermanos, por amor de Dios!...

—Váyase el vago, y déjenos dormir. ¿No hay mas que bordonear para vivir sin trabajo? Vaya, márchese el Palmero, que tenemos sueño.

Los dos ginetes se habian quedado algunos pasos á la espalda.

El peregrino continuaba golpeando la puerta con su bordon, pero inutilmente.

—¿Oyes? dijo la dama al caballero; ¡no abrirán aunque se hunda el mundo!

—A nosotros nos abrirán, estoy seguro de ello.

—¿Qué dices?... Pluguérame mas haber hecho en valde esta jornada que ver en mis reinos tamaña injusticia.

—Si no quereis convencerlos de una verdad que desconsuela, partamos sin llamar.

—¡No, Tello, no!... Quiero apurar hasta qué punto viven engañados los reyes de la tierra; quiero ver, dama oscura y desconocida, lo que jamás alcanzarían los ojos de Isabel la Católica entre el esplendor y el humo de una córtelisonjera.

El peregrino, cansado ya de llamar en valde, sentóse en un canton murmurando entre dientes palabras de enojo y de impaciencia.

Acercóse Tello á la muralla y tocó levemente en los portones con el pomo de su espada: al instante, la misma voz que á los del peregrino respondió á sus golpes, pero con mas dulzura, como dando á cada sonido su eco conveniente: un oído esperto habia encontrado al punto la diferencia que hay entre los golpes de un grosero bordon y los de una espada toledana con pomo de oro.

—¿Quién va?

—Caballeros que han menester entrar en la villa.

—¿Al instante?

—Al instante.

—Por Dios, que es imposible: á tales horas no tenemos orden de abrir la puerta.

—Pues abrid sin orden.

Sintióse adentro prolongado murmullo; pero un bolsillo repleto de oro que Tello arrojó por cima de la muralla, puso fin á las dificultades; y en breve crugieron los barrotes y quedaron las puertas de par en par.

—Entrad, caballeros; dijo al portillo un hombre rechoncho y colorado cuya chata nariz se perdía entre unos bigotes rojos ensortijados hacia arriba.—Entrad.

Hicieronlo así los dos ginetes; y acercábase ya el peregrino para hacer otro tanto, cuando la puerta crugió sobre sus quiebras y cerrándose de golpe lo dejó fuera de la villa.

—¡Bien, por Dios! gritó el Romero dando en el suelo con su bordon; abrense las puertas á los nobles caballeros y dase con ellas en los ojos á un peregrino. ¿Es esta la justicia de nuestros reyes?

—Buen Palmero, gritó desde adentro una voz de muger; ¡dos mañana por Medina.

—¡Medina! murmuró entre dientes el peregrino; por Santiago! esa es la corte, y á ella dirijo mis pasos desde bien lejos.

Y atravesando los arrabales, echó por el camino de aquella villa.

Había caminado como una hora escasamente, cuando sintió á su espalda el galope de dos caballos. Despuntaba ya la aurora, y á su luz pudo reconocer á los dos ginetes de aquella noche, los cuales le gritaron al pasar á su lado rápidamente:—«¡Idos por Medina!»

Quiso responderles, pero ellos se alejaron como una flecha y á poco los perdió de vista.

En la misma mañana el peregrino, acompañado de dos pages subía la escalera del palacio de los reyes en Medina del Campo.

Al entrar en una espaciosa cuadra, encontróse delante de la reina doña Isabel I, y, reconociendo en ella á uno de los ginetes de la noche, antes, arrojóse á sus plantas exclamando con trémulo acento:

—¡Perdon, perdon!

—¡Alzad, buen Romero, le dijo aquella reina magnánima; alzad. Pasad hoy mismo por Arévalo y os abrirán á cualquier hora. Mirad con atención á la puerta de San José, y no tendreis que quejaros de la justicia de vuestros reyes.

Y entregándole un bolsillo de oro, que él aceptó con repugnancia, despidióle de su presencia con una sonrisa bondadosa.

En la noche de aquel día, entraba el peregrino ya muy tarde por los arrabales de la villa de Arévalo. Cuando hubo llegado á la puerta de San José, quedóse inmóvil un momento como un hombre petrificado por los conjuros de una bruja. Al palido reflejo de la luna distinguíase pendiente de dos almenas una cabeza ensangrentada cuya chata nariz se perdía entre unos bigotes rojos ensortijados hacia arriba.

—¡Jesus!! barbotó santiguándose el aturrido peregrino; ¡Jesus!! y golpeando apenas en las puertas que al instantese abrieron, entró en la villa por la calle de San José, no sin encomendar al mismo santo el ánima pecadora.

Despues de cuatro siglos, aun existe en Arévalo, y en la calle llamada de San José, una casa de pobre fendo y apariencia sombría, cuyo muro nada dice á los moradores de la villa, cuando estos, al pasar por delante de sus pizarras, le dirigen por acaso una mirada indiferente. Bien niño todavía, contemplé yo aquel muro por vez primera, con ese sentimiento indefinido de dulce melancolía que despiertan en el alma los mas añejos paredones, si guardan un solo recuerdo entre sus piedras ennegrecidas. A vista de aquella casa ¡cuántos altivos pensamientos han bullido en mi mente de niño exaltada con los recuerdos de otros días!... Aun á despecho de su apariencia mezquina y pobre, yo he creído columbrar sobre sus muros un rótulo invisible, pero claro y distinto para el alma que le adivina y le comprende; y en él estas palabras escritas con indelebles caracteres:—*Aquí moró en un tiempo la Reina doña Isabel I de Castilla.*

FLORENTINO SANZ.

ESTUDIOS. RECREATIVOS.

EL ANGEL DE REDENCION. (1)

—Si, la misma. Su padre quiere á vd. mucho... porque aunque vd. no pertenece al número de sus parroquianos... y si no fuese por el asunto que tiene con James Cox...

—¿Es un insolente! interrumpió encolerizado Norton frunciendo el entrecejo. Si yo le volviese á encontrar, juro que se acordaría de mí para siempre.

La anciana se calló prudentemente.

—¿Un insolente! repitió Ned; un miserable, que porque somos de un mismo oficio, se imagina que soy... en fin, basta; por la primera vez no lo ha escapado mal; pero á fé mía que si en otra...

—Papa interrumpió Lily que hacia algun tiempo parecia estar sumergida en una profunda reflexion, ¿es verdad que puchinela, tiene dos jorobas, por que ha sido muy malo, y que pega con un palo?

Norton, como admirado por la oportunidad de la pregunta, se detuvo y miró á la niña, que con su risueña boquita entreabierta, y sus hermosos ojos parecia un angel.

—¿Quién te lo ha dicho? preguntó Ned.

—Billy Fernley.

—Ella debe presumir que todos los malos son jorobados, dijo Norton sonriéndose.

—Lo sé muy bien, replicó Lily sacudiendo su cabecita con mucha gracia, y con cierta gravedad que contrastaba con sus pocos años.

El joven artesano lanzó una fuerte risotada, y abrazándola la volvió á poner sobre sus rodillas.

Finalizó la comida, la niña se quedó dormida y habiéndose visto solo Norton, mil lugubres pensamientos vinieron á sellar en su semblante su primitiva melancolia. Obligado desde este momento á procurar la educacion de la niña que la casualidad le habia dado, y que habia sido adoptada por su corazon, le fué forzoso renunciar á su existencia activa y arriesgada, para abrazar el estado que despreció en un principio, esto es, llegar á ser un humilde y pacífico artesano. Mas la vida monótona, sedentaria y fatigosa del taller, no estaba de acuerdo con el intrépido bandido, acostumbrado á la vida errante y aventurera del campo; necesitaba de la claridad del sol, aire libre, espacio y movimiento. La regularidad del trabajo, la sumision, y la exactitud indispensable en la entrega de su obra, repugnaban á esta alma independiente, altanera, caprichosa, y que era todavía muy débil para someterse á la enérgica virtud que llaman resignacion.

Poco á poco su índole violenta y llena de inquietud, fué siéndole superior, y rompió la cadena que una precisa y necesaria resolucion le habia impuesto: toda la noche la pasó sin poder quedarse dormido, presa de una irritacion febril y de un descontento sin limites. Se levantó, fué al taller aunque muy tarde, y se puso á trabajar á pesar suyo. Ciertamente, su obra se resentía de su disgusto. El contra-maestre que habia observado su pereza, le reprendió, y Norton recibió muy mal esta reprimenda; pero en el momento de la disputa acalorada, el maestro

(1) Véase el número anterior.

principal entraba para pasar su revista diaria, y aproximándose á la máquina que Norton acababa de abandonar en el calor de la riña, vió la obra mal trabajada y frunció el entrecejo.

—¿Quién es el imbécil que ha hecho esto? exclamó de un modo grosero.

—¿El imbécil... soy yo! respondió Ned aproximándose con la vista encolerizada.

—¿Por vida de Satanás! Ya me lo esperaba, dijo el maestro principal, ¿cree vd. que le pago para que me eche á perder el cobre? Es necesario ser muy animal para trabajar esta pieza del modo que vd. lo ha hecho.

—Señor maestro, basta de injurias, respondió Ned pálido de soberbia y de indignacion, y cogiendo convulsivamente un martillo: este es el cobre echado á perder ¿no es verdad?

—Sin duda ¡por vida del demonio! Y solamente tengo yo la culpa de haber soportado su ignorancia.

Norton levantó el martillo encolerizado, y de un solo golpe hizo pedazos la pieza de cobre que ya tenia bastante adelantada: el maestro retrocedió con un movimiento de ira y espanto.

—Vd. me debe quince dias de jornal, prosiguió Ned con voz airada... págueme corriendo.

—Al momento, replicó el maestro; y desaloje vd. cuanto antes el taller... no consiento que esté en él ni una hora mas.

—Descúide vd.... no quedaré, respondió Norton con altanería. Un instante despues estaba en la calle, y marchaba con ligereza, poseído todavía del pasado resentimiento: caminaba sin direccion, con la cabeza baja y sumergido en téntricas reflexiones, cuando sintió que le dieron un golpecito en la espalda. Alzó bruscamente los ojos, y vió con sorpresa que quien le habia tocado era Turnship, vestido de muy distinta manera á la de la época en que primeramente le conoció.

—¿Voto va! dijo Turnship; dichosa casualidad la que me proporciona volverte á encontrar, Ned. Yo que venia precisamente buscando por aquí uno de tu misma profesion hábil é inteligente. ¿A quién mejor que á ti debere ocupar, cuando tambien estoy seguro que me harás lo que te pida como deseo?

—¿Uno de mi ejercicio? preguntó Ned con sorpresa. ¿Y de cuándo acá Turnship necesita de un artesano? Te has metido á especulador? de....

—Un poco, respondió Turnship con tono bastante irónico especulador de industria.... y en grande.... y que saldré adelante con mi proyecto, pues no me hace falta nada: tengo fondos.

Y dió con la mano un golpe á su bolsillo para demostrar que tenia dinero.

—Ahora bien, prosiguió; yo trato dar mucha latitud al círculo de mis operaciones, para lo cual me son indispensables colaboradores.

—¿Ah!... ya empiezo á comprenderte.

—Voy á enterarte de mi asunto. Mira; Ned, tú eres un muchacho excelente, tienes buena presencia, bonita cara, cierto aire aristocrático de nacimiento, que á nosotros los de baja estirpe nos es muy difícil adquirir. Además, eres un famoso tornero.... Ahora escucha el plan: yo puedo convertirme desde este mismo instante en un gran señor, caballero, en fin todo lo que hay en el mundo mas

noble; te doy casa, queridas cuantas quieras, buena bodega y un excelente cocinero. En consecuencia de esto, adquirirás amigos de alto tono: ellos te visitarán, tú los visitarás á ellos; pero al paso buscas una ocasión para poder tomar el molde de sus cerraduras: se fabrican llaves, y despues.... despues.... ya lo sabes; yo me encargo de lo que falta. Sospecha ni por asomo.... peligro ninguno. ¡Bonita vida! no la hay mejor, buena fama y reputacion, y por último todos los placeres del vicio, y todos los honores de la virtud. ¿Qué te parece, te gusta?

—No.

—¡Maldito! ¿y por qué?

—Porque... no es mi gusto robar á nadie.

—¡Ilaces bien... vale mucho mas quemar edificios.... efectivamente eso es mas brillante.

—Turnship!

—No te irrites, bien sea verdad, bien sea falso, ello es que se cree que Norton ha sido el incendiario, es igual; no estás muy lejos de Middlesex, y á pesar de tu escapatoria, no es facil que sepan que te encuentras aqui.

—Yo pienso lo contrario.

—Sea lo que tú quieras... ello dirá. Entretanto, lo que yo siento es que á estas horas todos trabajan, y que tú en vez de hacerlo te paseas, esto prueba que las herramientas te dan poco dinero, y que estás de capa caída. En su consecuencia espero que me digas lo que tienes determinado con respecto al plan que acabo de proponerte.

—Dudo que me convenga.

—Nos veremos. Consúltalo bien, y cuenta con lo que te ofrezco. Casa elegante, paseos de día, la noche para que te diviertas, bailes, teatros, opiparas comidas.... y lo demas. Por todo esto me das en cambio cada mes, dos miserables llaves á lo mas. Reflexionalo.... ¿Dónde te encontrarás?

Ned se detuvo un instante.

—En la taberna de Runninghorze, dijo al fin.

—Muy bien: hasta otra vista.

Y Turnship se alejó. Norton quedó contemplativo; las propuestas del bandido le habian hecho efecto. Grande era el disgusto que sentia al contemplar la posicion mercenaria, precaria y sujeta de un jornalero, las vagas inspiraciones de una imaginacion desordenada, predisuesta siempre á estraviarse, porque le faltaba guia, freno; los vehementes deseos de un alma fogosa, bastante fuerte para soñar en grandes cosas, y muy débil para evitar los impetus de las que le conducian al mal: todo en fin, le separaba del buen camino, y le ponía como por una especie de destino fatal, á las puertas de un precipicio, meditando sin disgusto las proposiciones de Turnship.

El resto del día lo pasó todo reflexionando involuntariamente, hasta llegar á acostumbrarse con la mala idea que le preocupaba, así que, al entrar en el humilde y oscuro rincón de su casa, cuando fué de noche, le miró con cierto despego y desden.

Lily se habia acostado ya, y sin pensar en ella se sentó junto á la mesa apoyando su cabeza contra su mano, y continuó pensando en los proyectos del bandido; pero a fuerza de examinarlos, llegó á aturdirse y á no creer en las fatales consecuencias que le acarrearía. Quedóse un poco dormido con este mismo pensamiento; pero en el mismo instante, una carcajada infantil resonó en sus oídos. Despertóse, y vió á través de la escasa luz que alumbraba la habitacion, aquella encantadora cabecita de ángel, rubia, aquella delicada mejilla sonrosada, aquella boquita risueña, aquellos ojos tan puros, tan luminosos, que parecían un grato destello de la hermosa claridad del cielo. Lily se habia levantado sin hacer ruido, y escurriéndose de su cuna, habia venido desnuda como el amor, á abrazar á quien ella creía su padre, para darle un besito y volverse á acostar. Habiendo visto Lily la sorpresa de Ned, gozosa de haber logrado lo que queria,

dió suelta á su alegría, y celebró el incidente con muchas carcajadas.

Norton quedó enteramente conmovido. Tan delicada sorpresa, obró mas vivamente todavía en esta alma impresionable. Sumergido en la contemplacion de sus proyectos, se habia olvidado de su Lily... con la aparicion de la niña varió enteramente su existencia. Su memoria le trajo bien pronto estas odiosas palabras de Turnship. «¡Desembarazate cuanto antes de esa ridicula carga.»

—¡Que Dios le confunda! exclamó con un movimiento de indignacion y abrazando á la niña cariñosamente. ¡Mi Lily! ¡ángel mío! ¡Recuerdo de un bello día!... Juro que no has de ser la hija adoptiva de un ladron! Mañana buscaré trabajo para mantenerte y darte educacion.

Sostuvo su palabra. A la mañana siguiente se presentó en casa del maestro Cornhill, fundidor: este tal era chiquitín, regordete, severo en la mirada y pausado en el hablar: en cuanto á lo demás, decian que era justo y tolerante con los jornaleros de su taller, siendo así que regentaba uno de los mas principales del pueblo.

El maestro Cornhill, estuvo algun tiempo examinando á Norton con mirada fija y penetrante, arrugando para ello sus cejas entrecanas.

—¿Por qué ha dejado vd. de trabajar en el taller de M. Freeman? preguntó.

—Por una disputa... yo tengo un poco de amor propio; me habian injuriado y yo... le respondí.

—Si dicen que tiene vd. un carácter muy violento, altanero. Sepa vd. que yo no quiero esto en mi casa, que no lo sufro. Se dice además que es vd. muy hábil en el oficio, y que no se emborracha. Esto me conviene. Voy á espermentarle. Vd. queda admitido en mi taller.

Norton volvió al taller de Mr. Cornhill; pero á los dos dias aquel fué mandado llamar por este á su escritorio, en el cual se hallaba solo y ocupado en el orden y arreglo de las cuentas; mas habiendo visto entrar á Norton, suspendió su trabajo y se quitó las gafas.

—Cierre vd. esa puerta, dijo con dureza.

Norton obedeció.

—Tengo que hablar á vd. de un negocio que le toca muy de cerca; prosiguió Mr. Cornhill con el mismo tono de frialdad. Acabo de recibir este billete; póngame vd. atencion.

Se previene á Mr. Cornhill, que el jornalero Eduardo Norton que antes de ayer ha recibido en su fabrica, es el famoso Ned Norton, cuyo padre murió en un patíbulo. Este mismo Ned ha sido largo tiempo salteador de caminos y perseguido como incendiario en Middlesex. Mr. Cornhill, si quiere, podrá justificar cuanto se le anuncia.

Se cree oportuno dar este aviso al laborioso é industrioso artesano, cuyo taller no debe haberse establecido para abrigar á malhechores de esta naturaleza.

Norton quedó como aterrorizado al escuchar la lectura, y Mr. Cornhill le miraba con ojos de indagacion.

—¿Qué tiene vd. que responderme? le preguntó.

—¿Qué lo que acabo de escuchar es una infame denuncia! exclamó Ned encolerizado.

—Convengo en ello, repuso Cornhill, siempre con la misma calma; mas no es esta la cuestion que aqui se trata de ventilar....

—¿Es vd., si ó no el Ned Norton á que se refiere este anónimo?

El joven enmudeció; la vergüenza y la indignacion aparecieron en su semblante, y no pudo hacer otra cosa mas que balbucear algunas palabras que nada significaron.

—Escuche vd., señor Eduardo, prosiguió Mr. Cornhill con frialdad. Cualquiera que sea el autor de este escrito, sepa vd. que desde ahora le desprecio.... y en consecuencia de este desprecio, me abstengo de profundizar mas un asunto, cuyas revelaciones acaso me obligarian á detener á vd. Lo que únicamente le ruego es, que abandone mi

taller, sin replicarme, hoy mismo. Vd. ha trabajado dos días en mi casa con inteligencia y celo, lo reconozco. Mi cajero le pagará a vd. la semana por completo.... vaya vd. con Dios.

—¡Señor! interrumpió Ned.

—Basta! contestó Mr. Cornhill con sequedad. Esta noche le pagará a vd. mi cajero, para cuyo efecto Jack Rieley estará prevenido.

Mr. Cornhill, hizo a Norton un ademán bastante enérgico, el cual le significó que le invitaba a salir cuanto antes, y continuó su interrumpida tarea; pero el joven calumniado salió de allí furioso y lleno de desesperación.

—Ya está vista, murmuró Ned, la mala estrella que me sigue. ¿Qué hacer ahora? ¿Dónde iré! si por todas partes me persiguen tan bochornosas revelaciones? ¿Dónde trabajaré, Dios mío? ¿Dónde encontraré sustento para mi pobre Lily?

En esta angustiosa situación recordó Ned las proposiciones de Turnship, y algunos momentos después, por una coincidencia, que probablemente no sería efecto de la casualidad, este bandido se hizo el encontradizo con Norton.

—¡Voto va! querido Ned, le dijo; te vuelvo a encontrar precisamente muy a propósito. A fé mía que esto es una afortunada casualidad, pues hace ya dos días que me has hecho dar no sé cuantos paseos inútiles al *Runninghorze*. Parece, que semejante al caballo que está en la muestra

del establecimiento, corres desaforado; no se te puede encontrar mas que en la calle... Pero vamos a otra cosa. ¿Qué tienes que decirme de nuevo?

—Nada todavía..... estoy reflexionando..... déjame pensar.

—Vete al diablo con tus reflexiones. Eres el hombre mas meditabundo que he conocido. Vamos a ver ¿qué es lo que te detiene?

—¿Que?

—Por mi vida que soy capaz de adivinarlo. Sin duda es la niña que acariciabas en cierta época en el bosque, ¿no es verdad? Pues mira, nada es mas fácil que desembarazarse de semejante estorvo. ¿Porque no la pones en un colegio? Si, chico, ponla en clase de pensionista; allí estará mucho mejor que contigo; y quiere decir que con el dinero que nosotros tengamos de nuestro *honrado* ejercicio, conseguirás educarla lo mismo que una princesa.

Con efecto, esta idea ofrece a Norton los medios de capitular con su conciencia, y esta conversacion destruye casi enteramente los escrúpulos que le habian detenido en la carrera del crimen y da una cita a Turnship para la mañana siguiente. Era su plan el de confiar a Lily a los cuidados de la madre Bradcock hasta que la niña tuviese la suficiente edad para entrar en un colegio en clase de pensionista.

El sol se ocultaba, cuando entró en su casa ocupado en estos proyectos, y luego que se vió solo y sin escu-



dar los nocivos consejos de Turnship, poco a poco la voz del honor comenzó a gritar en lo interior de su conciencia; dudaba, titubeaba y luchaba con esta vacilante incertidumbre, en que una circunstancia fortuita, podía arrastrarle, lo mismo al bien que al mal.

En este estado se hallaba su espíritu cuando entró en

su cuarto. La caída de la tarde se presentaba hermosa, porque el sol al esconderse despedía ese risueño colorido que inspira con frecuencia la mente de los poetas, el rey del día echaba su último rayo de púrpura al través de la reducida y mal construida mansión de Ned. Este rayo rodeaba como una bella aureola la cuna donde Lily esta-

ba dormida. Norton se acercó á ella y se detuvo para contemplarla. Jamás se le presentó tan bonita á sus ojos. Las continuas vueltas que habia dado durante su sueño, hicieron que la coleta que la abrigaba se inclinase hacia otro lado para dejar fuera su hermoso cuello, sus bracitos, sus blancas espaldas, y su interesante cara medio oculta con el espesor de sus largos y rizados cabellos. Así medio desnuda y bajo el resplandor de este sol que se extinguía y que daba á la cuna esa luz, roja y maravillosa, estaba cuando Norton trajo á la memoria un poderoso recuerdo. La vió tal como estaba en la quinta, alumbrada por las llamas, en el instante que él lleno de arroyo la arrebató del incendio, y se inclinó hacia la cuna para dar un abrazo á su inocente Lily.

—Papá, papá... murmuró la niña sonriendo y medio dormida... quédate... quédate... deja que yo también te abrace, papá mío... papá... siempre tendré juicio... y el *quédate* se perdió en medio de modulaciones inarticuladas.

—¡Oh! sin duda! exclamó Norton... me quedaré, siempre estaré á tu lado. Dejar á esta inocente después de haberla salvado, sacrificarla, perderla... es una infamia. ¡Trabaja, trabaja cobarde, y no robes!

Volvió á abrazar á su niña, y tomando en seguida su ropa la colocó en una especie de morral y bajó.

—Madre Bradeock, dijo á la anciana, acabo de recibir una nueva que me obliga á dejar este país: tengo esperanzas de volver dentro de pocos días; pero si no viniere á tiempo oportuno, lo venderé vd. todo para pagar el alquiler de la casa y para remuneraros en algun tanto de lo que ha trabajado.

Después, volvió á subir, despertó á Lily, la vistió, la tomó en brazos y partió; no hizo mas que una parada en el camino y esta á media noche; al amanecer estaba en Londres.

III.

—Señor, dijo entreabriendo la puerta una mujer de edad y cuyas maneras dejaban comprender que era el ama de gobierno de una casa rica, lord Billingham acaba de anunciarme desde su carruaje, que viene con dos amigos: añade que desearia que vd. tuviese la bondad de permitir dejarlo entrar en lo interior del taller con el objeto de admirar las obras que el mismo encierra; pero también dice, que si vd. está muy ocupado, diferirá este gusto para otra ocasión.

—Dígale vd. á lord Billingham, respondió sin alterarse el dueño del establecimiento, que siento mucho no poderle recibir en este momento: dígame que tengo una cita para tratar de un negocio de sumo interés y que estare muy complacido si me hace el honor de volver.

El ama de gobierno salió, y la puerta del taller volvió á cerrarse muy despacio.

Este era el taller de un artista, de un jornalero, y de un inteligente, todo á la vez. Delicada tapiceria, ricas mamparas, cómodas alfombras, este conjunto de objetos bien distribuidos y colocados, daban al aposento del artista, un aspecto de lujo y elegancia sin igual. En algunos sitios habia estatuas, en las paredes cuadros y fragmentos preciosos de esculturas antiguas: en otras partes, se veían armas de distintas clases, y en particular las que usaban los guerreros de los tiempos mas remotos. Próximo á una ventana, un banco de cincelador, rodeado de aquellos tornillos en que se aseguran las piezas que se bruñen ó se liman, y lleno de distintas herramientas. Además de esto, habia modelos de cera y de hierro; trozos abundantes de obras de plata, figuras esparcidas, vasos preciosos los unos por concluir, otros rematados enteramente. Habia también hornillos para crisoles, una fragua portátil, un horno para fundir metales. Mas lejos, un

torno con todos sus accesorios, aparatos de química; y por último, un caballete de pintor, cartones etc.

El artista estaba sentado muy próximo á su banco y al parecer ocupado en un trabajo muy difícil: inclinado hacia el tornillo estaba dando los últimos toques á una, pieza de plata. En cuanto á lo demás, su vestido correspondia exactamente al aspecto de su lujoso taller. Cenia una bata de damasco que sujetaba graciosamente á su cintura por medio de una fina y elegante faja de seda; y un gorro de terciopelo verde, ocultaba una gran parte de sus cabellos rubios, los cuales rizados, descansaban sobre su cuello; su rostro varonil, presentaba un aspecto sereno y noble á la vez.

Este era Eduardo Norton, que por cierto hubiera sido algo difícil reconocer, al verle tan elegante, y al contemplar esta fisonomía elevada y llena de dignidad. Ya no era ni parecia aquel bandido que llenaba de terror á los moradores de la quinta de Tom Craig, ni el turbulento jornalero del maestro Freeman.

Ned, interrumpió su trabajo, y levantando sus ojos con aire de distracción, los volvió lentamente hacia un extremo del taller, donde con suma aplicación dibujaba una niña, que contaria lo mas, de doce á trece años. La miró algun tiempo, y después la dijo:

—Lily.

Lily volvió la cabeza con prontitud, y dejó ver aquella encantadora cara, que los años habian embellecido mas todavia, añadiendo á sus gracias infantiles, una pureza virginal que arrebatada.

—Escucha, hija mia, la dijo Norton.

Y después de haber estampado un beso en su frente, le puso la mano sobre su cabeza.

—Inclínate un poco á este lado... Así... Bien, permanece un instante quietecita en esa misma posicion.

En esta graciosa postura, examinó algun tiempo el movimiento de su cuello y de sus espaldas, al traves de sus rubias trenzas, después dió algunos toques con su lima, sobre la pieza que estaba trabajando; miró otra vez...

—Bien... dijo Norton dándole otro besito, gracias, niña mia.

Lily se volvió y quiso ver la figura que su padre trabajaba.

—¿Es el ángel para la cubierta del cofrecito del obispo?

—Sí, cariño mío, respondió Norton, estrechándola en sus brazos y sin dejar de mirar su obra.

En este momento la puerta se abrió de nuevo.

—El venerable pastor Fergusson, anunció el ama de gobierno.

Norton se estremeció y se puso de pie; pálido como la muerte se adelanta á la puerta, y quitandose el gorro, saludó respetuosamente al pastor.

—Siento mucho, señor, dijo Ned con voz alterada, que se haya tomado la molestia de venir: yo fui á la rectoria, pero....

—Yo estaba ausente, señor Norton, interrumpió el pastor sonriendo; nada mas justo que devolverle la visita que tuvo vd. la amabilidad de hacerme. Además, este era para mí un verdadero placer, pues con ello encontraba una favorable ocasion para admirar las obras que salen de esas manos tan inteligentes.... y de camino para hacer un saludo á Lily, añadió el venerable anciano acariciando la megilla de la niña que se ponía encarnada.

—Muchas gracias, pastor... Lily, prosiguió Ned; déjanos solos, hija mia.

Lily salió, pero cuando Norton se vió solo con el anciano, le miró algun tiempo silenciosamente, como si dudase dar principio á una conversacion que le era en extremo desagradable.

—Había ido á la rectoria, dijo en fin, porque tenia necesidad de consejos, señor Fergusson, si se mira la difícil posicion en que me encuentro; he pensado que su

experiencia me sería útil en este caso, y hasta su cooperación.

—Con tal que yo pueda servirle, lo haré con muchísimo gusto. Yo le profeso y le profesaré la estimación á que se hace acreedor por su talento, su ejemplar conducta y su juicio, en medio de las seducciones de que continuamente se ve cercado un artista de su clase. Vd. puede contar conmigo.

—Tan lisongero testimonio del aprecio que me tiene, estimo en lo que vale, señor pastor.... Vd. juzgará mejor todavía el precio que debo añadir, escuchando lo que me queda que decirle.

—Fetuvose un instante, y después continuó con voz conmovida.

—Lo que voy á contarle es una historia novelesca, pero verdadera, cuyos acontecimientos hace algunos años que han pasado.

Era un joven (pariente mío), que por consecuencia de los infortunios de nuestra familia, vino á quedar en el grado mas insoportable de miseria, y predispuesto á todos los extravíos que la violencia de su carácter, y lo desgraciado de su posición pueden hacer comprender sin escusarle por eso. Bandido, vagabundo, sin amigos, sin asilo, se le acusó de ladrón y de incendiario; pero era inocente y se vió precisado á huir. En medio de este incendio, del cual no era culpable, salvó á una niña. Esta niña no podía devolverla á su familia, porque su salvador ignoraba el nombre y el domicilio de sus padres, y ni podía indagarlo de un modo prolijo sin arriesgar su cabeza que amenazaba una acusación capital. El educó á esta niña lo mismo que si hubiera sido suya... pero un secreto remo dimiento le agita: el amor que profesa hacia esta hija adoptiva, le revela todo el dolor de los verdaderos padres que lloran su pérdida, y cree que su deber es devolverla.... ¿Pero cómo hacerlo? No puede buscar á sus padres sin descubrirse, sin perderse tambien.... ¿Podría un amigo encargarse de este cuidado?

Norton detuvo su narración, durante la cual su voz habia manifestado la mayor conmoción; pero el venerable pastor después de un corto silencio, que revelaba haber participado de la misma emoción que Ned, habló del siguiente modo:

—Señor Norton, no tengo necesidad de decirle lo que me parece haber adivinado. El sugeto de que me habla, si vd. le permite.... será mi amigo desde ahora: vd. acaba de expresarme sentimientos de un alma elevada.... en fin, vd. ha hecho una buena acción.

—¿Una buena acción! exclamó Norton.... ¡ah! desengáñese el venerable pastor: en aquel instante yo no supe lo que me hacia.... solamente sé, que he obedecido á un sentimiento.... á un instinto incomprensible, y sabe Dios si por esta acción que vd. califica de buena, me habrá premiado de la manera que vé. Pero por otra parte, ¿qué es lo que he hecho? Nada; la acción mas sencilla, la mas natural del mundo.... sin embargo, advierto un manantial de virtudes, de felicidades, para mí tan desconocido como inesperado. Esta acción, repito, me ha fabricado una cadena, la que por una especie de necesidad invencible, me ha ligado al trabajo; el trabajo me ha conducido al orden, á la razón, y al cultivo de mi inteligencia. He visto que el estrecho círculo de mis ideas se ha engrandecido, mi carácter ha ido poco á poco perdiendo su antigua aspereza, mi juicio se fortifica, y por último mi imaginación se eleva y se ennoblece.... sí, cuando yo estreché á esa niña entre mis brazos, me pareció que recibía á un ángel, y con efecto ha sido el ángel de redención que me ha sacado del abismo de perdición en que me habia sumergido. A este ángel debo cuanto soy.

—No hay duda que cuanto tiene vd. se lo debe al inevitable poder de una buena acción, amigo mío, repuso el anciano.

Se dice con frecuencia, y no sin razón, que una caída nos lleva á otra y acaso mayor. No obstante por una compensación misericordiosa, por la cual debemos dar gracias á la infinita clemencia del Señor, si la pendiente hacia el vicio es escurridiza y rápida, la atracción de la virtud es todavía mas poderosa. Una buena acción puede compararse al primer nudo de un lazo que une al bien al vacilante pescador, que poco á poco va conociendo su error y uniéndose mas á la virtud. Vd., amigo mío, ha experimentado esta saludable influencia, y la misma niña que vd. ha salvado, ha venido á ser su salvador.

—Señor pastor, contestó Ned con voz alterada. Reflexione cual será mi agonía á una separación tan cruel! ¡Lily!... ¡mi pobre Lily!... yo que tanto me he acostumbrado á tenerla siempre á mi lado.... que por todas partes escucho el agradable metal de su voz.... ¡Es mi hija, es mi vida, mi pensamiento, y mi sola felicidad! ¡Largo tiempo he vacilado, y luchado conmigo mismo para tomar esta dolorosa resolución.... para revelar á vd. este secreto.... Y aun hoy estoy diciéndome, ¿porqué indagar el paradero de una familia, que sin duda debe haber olvidado ya este objeto querido de mi alma? ¡Esta familia amará á esa criatura como la amo yo?... No, mentira. Esa misma niña que me cree su padre, que me quiere, me consta, tanto como yo la quiero á ella, ¿podrá resignarse á esta violenta separación, á un repentino cambio que no puede comprender?... He aquí, señor, lo que me ha detenido, lo que me detiene todavía, mi conciencia titubea entre la voz de la razón y la de mi corazón.

Norton se calló ocultando su cabeza entre sus manos; el pastor quedó conmovido y silencioso.

—Pero yo debo desconfiar de mí mismo, señor Ferguson. En vuestras manos, puras y desinteresadas depositó á mi querida Lily, mi hija adoptiva, mi ángel de salvación. Solamente vd. será el juez de la necesidad de este cruel sacrificio que me es forzoso cumplir.... En cuanto á lo demás debo advertirle, que tengo pocas señas que darle para la indagación de su familia. Las ropas que envolvían á la niña en el momento que la salvé, estaban marcadas con las letras O. G. cuyas iniciales tenían encima una corona de *baronnet*. (1) Además me acuerdo, aunque de una manera vaga, de los blasones que adornaban la portezuela del carruaje de su madre; mire vd. este diseño que he sacado tal como mi memoria me lo ha podido suministrar. A esto añado una nota exacta de todos los acontecimientos de aquel instante.... lo cual confío á su buen juicio y á su acreditada prudencia.

—Basta, señor Norton; vd. puede estar muy seguro de que no daré ningún paso imprudente que le pueda comprometer. Dentro de algun tiempo le enteraré del resultado de mis indagaciones.

—Quiera el cielo, respondió el joven lanzando un agudo suspiro, y que él me perdone, Dios quiera que cuantas indagaciones haga vd. sean inútiles.... Entonces mi conciencia estará de acuerdo con mi corazón.

Llamaron á la puerta y Norton abrió.

—El señor procurador Williams, pregunta si vd. puede recibirle, anunció el ama de gobierno.

—¿Quién lo duda? repuso el pastor. Yo me retiro.

Estrechó la mano de Norton y se fué: el procurador Williams entró en seguida. Era un hombre de baja estatura, vivo y de humor jovial.

—Buenos días, muy buenos días, querido amigo, dijo no bien habia pisado el umbral de la puerta. ¿Cómo lo pasa vd.? ¿Qué dice de bueno, el sucesor de nuestro Benvenuto Cellini? ¡Cáspita! continuó revolviendo los diferentes objetos preciosos que estaban esparcidos por el banco. Esto es elegante.... de mucho gusto.... ¡Ah! ¿se me olvidaba! ¿sabe vd. como he hablado al lord de que ya le hice mencion el otro día, y me ha dicho que quiere

(1) Titulo de Inglaterra entre baron é hidalgo.

confiar á las manos de vd. aquel trabajo del cual le hablé? ¡Oh! y hace perfectamente; nunca pudo haberlo depositado en mejores manos.

—Le doy á vd. las gracias, por la buena opinion que ha formado de mí.... Pero apropósito... ¿qué me dice vd. del encargo que le pedi me hiciese, y ¿que vd. tuvo la bondad de aceptar?

—¡Ah! ¡Ah! Se me habia olvidado decirle.... Precisamente de él venia á hablarle. Se ha encontrado algo....

—¿Cómo? preguntó Norton afectando serenidad.

—Si señor, pero no sin trabajo, prosiguió el procurador examinando las figuritas del cofrecito. Pues si señor, era esto un negocio casi completamente olvidado; se trataba ¿no es verdad? de un cierto Ned Norton, primo de vd. que habia sido acusado de incendiario en Middlesex.

—Muy cierto.

—Pues bien, amigo mío: resulta que el susodicho Norton, era un pillo... si señor lo que se llama un tuno de leva: esto que le digo á vd. aparece ya superabundantemente probado; pero segun lo que arrojan de sí los espedientes legalizados y seguidos en toda forma de derecho, el incendio no está completamente probado: le acusaron de incendiario y hasta se han espedido requisitos contra él. Sin embargo las pesquisas del coroner (1) no han producido el resultado que era de esperar. Yo he visto el extracto que me han remitido, y en vista de lo que dá de sí el susodicho escrito, aparece de la manera mas clara, y segun la indispensable declaracion de los testigos, que el incendio tuvo su origen á consecuencia de la poca prevision, del descuido, de la imprudencia de un criado de la quinta, y que el fuego comenzó precisamente por una parte donde Norton jamás habia entrado. En consecuencia de lo antes dicho, se deduce que la acusacion del incendio es enteramente falsa... ¡pues! añadió el procurador dando una risotada.

Mas esta risa del procurador, aunque inoportuna hizo tambien reir al pobre Norton, y por cierto de muy buena gana.

—No se han vuelto á hacer mas diligencias respectivamente al asunto, prosiguió el hombre de derecho. Ned Norton, sabe bien donde le aprieta el zapato, y se habrá metido en parte segura; pero tambien es probable que le hayan ahorcado, y por eso no se oye hablar de él.

Esta locucion hizo reir tambien á Norton.

—Muchas gracias, señor Williams, respondió éste. Le estoy muy agradecido á la complacencia que ha demostrado. Estas indagaciones, que tanto interesan al honor de mi familia han debido costarle tiempo y trabajo y yo debo reconocerlo todo...

—Déjese vd. ahora de eso, interrumpió el procurador que habia comprendido el pensamiento de Ned.

—Nada, nada, repuso Norton con viveza: es menester que yo pague el trabajo...

—Corriente: encuentro para ello un medio bastante fácil, amigo mío. Yo tengo intencion de hacer un elegante obsequio á una hermosa señorita, de la cual soy novio... un bonito brazaletes, por ejemplo.... ¿Eh? ¿qué tal? Cuanto con su habilidad y talento para que desde luego ponga por obra el modelo. Yo le he trabajado, págume vd. con una obra de su mismo oficio.

—Con mucho gusto. ¿Cómo quiere vd. el brazaletes?

—Yo lo quiero, alegórico, emblemático, poético, porque ambos tenemos un alma tierna y melancólica. Es una jóven que tal vez vd. la conozca, al menos por su nombre. Se llama lady Olivia Greville. Mire vd., precisamente tiene vd. aqui su cifra y sus armas.

Norton palideció y tuvo precision de tomar asiento.

(1) *Coroner*, cierta clase de gefe militar, que tienen los ingleses, cuyo principal encargo es, el de examinar, si un cadáver que se encuentra, ha sido asesinado, ó muerto naturalmente.

Sus manos temblaban al tocar la cifra de O. G. y la corona con los blasones, sobre lo cual sus ojos se fijaron con avidez.

—Pero ¿qué tiene vd? preguntó el procurador. ¿Se ha puesto vd. malo?

—No: esto no es nada, repuso Norton pasándose la mano por la frente: esto es, motivado de la sorpresa que me causa una estraña casualidad... y me trae á la memoria... Dice vd. que esa jóven se llama Olivia Greville, ¿no es verdad?... ¿y de Middlesex?

—¿De Middlesex? No señor; de ninguna manera. Esa señorita es de Londres. ¿La conoce vd?

—No señor; pero tengo cincelado un brazaletes con esta misma cifra de O. G. y no sabiendo que hacer de él, le destinaba para mi Lily cuando tuviese edad de poderle lucir. Mas ahora está á la disposicion de vd. De todas maneras, para estar seguro de que agrade á su novia de vd. y para obligarla mas á que le acepte, me parecia oportuno que vd. la condujese aqui bajo cualquier pretexto... por ejemplo, con el de ver este cofrecito que estoy acabando al obispo de Durham. Yo entonces le enseñare el brazaletes en cuestion, se lo probara, y si le agrada, encuentra vd. la ocasion mas oportuna de mostrar su galanteria, regalándoselo en seguida como para satisfacer su capricho. Y créame vd. que con esto que vamos á hacer quedará muy admirada.

—¡Maravilloso! ¡Maravillosísimo, exclamó Williams. Vd. es un diestro seductor... Yo me encargo de traer aqui mañana á lady Olivia. Tenga vd. preparado el brazaletes.

—Pierda vd. cuidado: todo estará dispuesto.

Ausentóse el procurador, y Norton habiéndose quedado solo, tuvo precision de volver á sentarse; temblaba, no sabia lo que le estaba pasando; era la madre de Lily la que iba á recibir al dia siguiente, ¡Oh! sin duda, á pesar de los años que habian transcurrido, su imagen habia quedado profundamente grabada en su memoria, para que no pudiese reconocerla, si sus ojos volvian á ver aquel rostro tan encantador como melancólico, si sus oidos escuchaban otra vez, la voz que en otro tiempo le habia conmovido tanto. Por instantes su ansiedad se acrecentaba. El dia finalizó, y al otro esperó agitado la llegada del procurador, y en su impaciencia buscaba medios de evitar la presencia incómoda de Mr. Williams; pero estaba escribiendo en su gabinete al pastor Fergusson, cuando anunció su ama de gobierno:

—Lady Olivia Greville, y el señor procurador Williams.

Norton se puso inmediatamente de pie, en seguida se detuvo vacilando sobre lo que haria; pero lady Olivia, acababa de entrar vestida de luto, lo cual hacia que sobresaliese mas su escesa palidez. Una melancólica languidez, una grande espresion de profunda y resignada tristeza, se pintaban en su semblante; parecia sufrir, apoyada en el brazo de Williams, con un abandono natural y lleno de gracia. Norton tan palido y tan débil como ella, permaneció inmóvil, y se vió obligado á buscar un punto de apoyo para poderse sostener. ¡Era ella! ¡Era Olivia! ¡La madre de Lily.

—Vd. me dispensara caballero, dijo Olivia con una graciosa sonrisa, pues sin tener el gusto de conocerle, vengo á turbarle y á abusar de su complacencia, pero tenia deseos de admirar las obras de vd. que tanto se recomiendan, y he rogado al señor Williams, que tuviese la bondad de proporcionarme la entrada en este taller, y...

Aqui se detuvo Olivia, pues ella habia acompañado á esta frase, una mirada que se dirigió al artista que miró de pie en su presencia, y esta mirada, en su principio amable y risueña, espresó bien pronto la mas viva sorpresa; la turbacion, la palidez de Norton, eran demasiado visibles para no ser apercibidas: el jóven se inclinó y quiso responder pero no pudo hacer mas que balbucear algunas palabras casi ininteligibles. Lady Greville dió un paso

hacia atrás, y preguntó con los ojos á Mr. Williams, la causa de aquello. Williams estaba tan sorprendido como ella.

—Pero... pero amigo Norton, dijo el procurador. ¿Por qué está vd. tan pálido? ¿Se ha puesto vd. malo?

—No, no, perdonen vds. no necesito nada, contestó Ned, procurando recuperar su perdida quietud. Espero que esta señora se digne dispensarme esta pasajera turbación, que ha motivado una admirable semejanza inesperada.

—¿Una semejanza? preguntó Olivia sonriendo.

—¿Que semejanza? repuso Williams con curiosidad.

—Si esto no es una semejanza, respondió Norton, procurando sonreírse también, puede ser que yo haya tenido la dicha, de ver á lady Greville...

—Hace mucho tiempo, dijo Olivia, que oigo hablar de su habilidad de vd. y que he admirado sus obras, pues yo me casé en Roma, con lord Landsgrave, que poseía un magnífico *necesaire* trabajado por vd., y si yo hubiese tenido el gusto de conocer al autor de aquella obra maestra, estoy segura que nunca le habría olvidado.

—Sin embargo, señora, temo que esto no sea así, y aun cuando mi memoria no es mucha, me parece que es mas feliz que la de vd. Pienso haber visto á vd. antes que aquí... en Middlesex

—¿En Middlesex?

—Hace unos doce años.... en la quinta de Tom Craig.

Este nombre produjo en lady Greville una dolorosa impresion; fijó sobre Norton una mirada mas atenta; en seguida llevó la mano á su frente, quedó un momento silenciosa, y dejó caer algunas lágrimas.

Perdone vd. señora, perdone, prosiguió Ned. ¿Qué imprudente soy!.... creo haber renovado algun recuerdo cruel.

—Es verdad, contestó Olivia con voz alterada; pero es un recuerdo que casi nunca me abandona. Yo tenia una niña.... sola una niña, que pereció á consecuencia de un espantoso incendio en esa misma quinta donde vd. dice que me ha conocido... Vd. concebirá cual será mi dolor. Poco me ha faltado para perder la razon y hasta la vida. Me llevaron á Francia, despues á Italia con el objeto de recuperar mi salud.... He perdido á mi esposo.... Doce años hace que vd. me vió; entonces era feliz; pero despues he llorado mucho, he sufrido mucho. Por lo tanto me admira que vd. me haya reconocido.

—Yo no podía olvidar á vd. señora, dijo Norton con emocion; me bastaba haberla visto sola una vez.

—¡Ah! amiguito mio, interrumpió Williams al cual desagradaba mucho la conversacion; reconozco en vd. su habitual galanteria. Me parece que la entrevista que tuvieron vds. no fué muy duradera, cuando esta señora no ha guardado el recuerdo.... ¿eh? ¿qué tal?

Esta significativa insinuacion no pasó desapercibida á lady Greville, y procuró remediar este pequeño deslíz.

—Este recuerdo no se apartará nunca de mi memoria, dijo lady Greville enjugando sus lágrimas, y mirando á Norton con amabilidad; y añado que me alegraré mucho de perpetuar un conocimiento, que me parece haberse interrumpido desgraciadamente.... Pero creo haber venido aqui con el objeto de admirar los trabajos de V.... y á la verdad no quiero renunciar á este grande placer.

Norton se levantó, y mostró á Olivia algunas piezas de plata; despues añadió:

—Con esto no se ha terminado todo: tengo un brazalete que me parece ha de gustarle mucho; (y dirigió á Williams una mirada de inteligencia). Desearia que vd. le viese; pero se ha hecho para el brazo de mi niña....

Diciendo esto se aproximó á una puerta, y abrióla.

—¡Lily! dijo: ven aqui querida mia.

Al nombre de Lily, Olivia se estremeció, se puso mas pálida de lo que antes estaba, y se sentó. Lily entró corriendo, creyendo encontrar solo á su padre... pero se de-

tuvo con timidez al mirar una señora en el taller, y saludó haciendo una graciosa cortesía.

—Adios, buena Lily, dijo Williams. ¿No ve vd. miladi qué bonita es esta criatura?

—¿Es esta niña.... hija de vd. señor Norton? interrogó Olivia levantando los ojos; pero en seguida los bajo al ver la mirada con que Norton le acababa de corresponder.

—Si, señora, contestó con voz alterada; esta niña es... ¡mi... Lily!

La singular espresion con que Norton pronunció este nombre hizo nuevamente temblar á lady Greville: miró y tornó á mirar á Lily... y bien pronto sus ojos se inundaron de lágrimas, la niña, admirada de lo que veia se acercó á Norton, y le asió del brazo y á la vez examinaba á Olivia con sorpresa y compasion.

—Caballero, dijo al fin Olivia poniéndose de pié; mucho me conoce vd. ¿A qué renovar así mis pesares? vd. sabe que mi Lily... que yo... que mi hija...

—Si, señora, interrumpió Norton; pero yo queria asegurarme de ello, antes de mostrarle la mia. Yo habia creido encontrar en su bonita cara alguna semejanza con la de vd., su nombre lleva también un recuerdo que vd. estima mucho, y yo esperaba ser muy dichoso si esta doble circunstancia pudiese merecer su reconocimiento y amistad.

—¡Oh! sin duda, exclamó lady Greville, conmovida al sentir la exagerada espresion con que Norton pronunciaba sus palabras. Cogió de la mano á Lily, se sentó y la puso entre sus rodillas.

—Ven, hija mia; deja que yo te abrace.... ¿Qué edad tienes?

—Doce años y medio, señora.

—Dime, angelito mio, ¿y tu madre? añadió levantando los ojos.

—No la tengo, señora, respondió Lily con embarazo, y mirando á Norton... la he perdido.

—¿La has... perdido, hija mia? dijo Olivia que también miraba á Norton, que estaba pálido, y su cabeza la tenia apoyada con su mano, y los ojos fijos en el suelo.

—¿Hace mucho tiempo que la has perdido? continuó lady Greville con voz temblorosa.

—¡Oh! si, señora, yo no la he conocido.... Es una desgracia para mí... pero la he sentido bien poco... porque mi papá es tan bueno! y volvió á mirarle segunda vez.

Norton permanecia silencioso, y aunque sus ojos estaban bajos, la agitacion que experimentaba no dejaba de pin arse en su fisonomía.

—¿Tu no tienes madre, Lily, repuso Olivia cuyo seno palpitaba, y yo... estoy sin hija! Yo tenia una niña que se llamaba como tú... que he perdido antes que me hubiese podido conocer... Ahora tendria tu misma edad... ¿Quieres reemplazarla?

—¡Yo!... señora, yo! balbuceó Lily, llena de confusion. En seguida se acercó á Norton, y cogiéndole la mano le dijo con viveza.

—¡Papá! mira lo que dice esa señora: habla tú por mí.

—Hija mia, respondió Norton con un acento que hacia traicion á los profundos sentimientos de su alma... A mi no me lo han preguntado, en su consecuencia tampoco debo responder. El consejo que me pides mas bien puede darte este brazalete... que llevas en tu brazo... en él precisamente está el nombre de tu madre.

Lily suspensa y sin comprender ninguna de estas palabras, se miró el brazo. Olivia se lo cogió con presteza y miró con avidez las iniciales que tenia el brazalete.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó agitada. ¿Qué significa esto?... ¡Lily!... Señor Norton!... ¡No me engaña vd!... ¡Esplicadme... en nombre del cielo!... ¡Pero acabe vd. de hablar!

—Señora... ¡Yo no soy el padre de Lily!

—¿No es vd. su padre?... ¡Ah! Dios mio!

—Yo salvé á esa niña en el incendio de la quinta de Middlesex.

Olivia lanzó un grito penetrante, abrazó á Lily y cayó desmayada.

¿Qué mas podremos añadir? Todo será inútil, y mis lectores no se sorprenderán cuando sepan, que Lily halló á su madre sin haber perdido enteramente á su padre, puesto que el venerable pastor Fergusson bendijo algún tiempo despues la union de lady Olivia Greville, con sir Eduardo Norton, baron.

Norton refirió á su esposa despues como aquel ángel que unió á su suerte vagabunda y desesperada, le habia

libertado veinte veces del crimen y de la vergüenza, y conducidole por último á la vida del trabajo y del honor, y despues á la de la fortuna que obtuvo en recompensa. Los esposos quisieron perpetuar este recuerdo por medio de un cuadro que mandaron pintar y que colocaron en medio del principal aposento de su casa. Representaba esta pintura una niña acostada en el suelo, entre dos ángeles, y una muger que podía pasar por otro ángel. Encima de este cuadro se leia lo siguiente: EL ANGEL DE REDENCION.

ESTUDIOS DE VIAGES.

AMERICA.

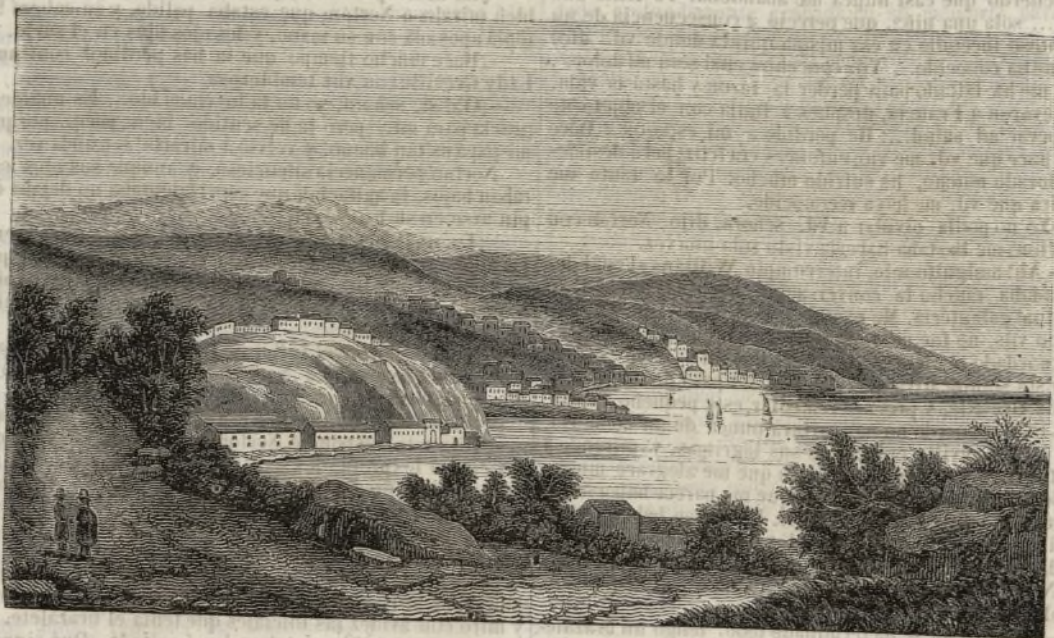
SANTIAGO DE CHILE. (I).—VALPARAISO.

Santiago, capital de la republica de Chile, hallase situada en medio de un llano unido y bien cultivado, cubierto de plantas, y regado por dos rios y otros tantos riachuelos que bajan de las montañas. Rodean á dicho llano, bosques que se han plantado en parte modernamente. El litre, que es el árbol upas de Chile, esparce sus sombrías ramas en los mas de estos bosques. Es árbol de una naturaleza de veneno tan particular, que cuando se le maneja sin precaucion, causa en la piel una especie de erisipela, por lo cual presenta dificultades su derribo. Los que se sientan á su sombra se levantan con náuseas y vértigos, y se hallan con las mejillas tan hinchadas, que muchas veces deben hacerse acompañar en el resto del camino. Asegúrase que quien se atreviese á dormir bajo el upas toda una

noche, pagaria su imprudencia con su vida, particularmente si fuese abundante el rocío.

A distancia de mas de treinta leguas divisase ya la ciudad, notable por sus muchos campanarios y torres blancas. Tiene por fondo tan admirable cuadro; los Andes, los cuales elévanse magestuosamente en forma de un inmenso anfiteatro, y hacen aparecer mucho menos elevadas las montañas que median entre ellos y el valle.

Entrando en Santiago, encuéntrense las calles angostas y con mal piso, pero á medida que se entra en el centro de la ciudad, cambia totalmente el aspecto. Encuéntrense calles anchas que adornan hermoso caserio, y aceras con losas de pórfido. La Plaza Mayor es espaciosa y limpia, y en su centro se eleva una hermosa fuente de bronce, con un circuito ó recipiente de piedra de sillería. Andan de continuo á su alrededor animándola los aguadores, los cuales llenan de agua barriles que llevan luego en mulos por las calles.



VISTA DE VALPARAISO.

Los edificios públicos de Santiago si se exceptua la catedral, son todos de ladrillos en elegante estilo, parti-

(1) El grabado que representa una vista de esta ciudad, le hemos publicado en el tomo 4.º del Museo, pag. 284.

cularizando la casa de Moneda, edificio aislado en una plazuela que decora tambien una bonita fuente. Abraza una superficie de cerca de doscientos cincuenta pasos por cada lado; tiene dos pisos, tres patios, y una capilla en que se dice misa cada día.

El consulado con su tribunal de comercio, y las oficinas del banco nacional, está situado en la plazuela de la Compañía, frontero a la antigua iglesia que fué de los padres jesuitas. Y cerca del consulado se distingue el colegio que fundaron ellos. Ocupan ahora jóvenes chilenos a quienes nuevos maestros dan una educación bien diferente. En otra parte de la plazuela hay la Aduana, grande fabrica, en cuyos patios, todo carro que viene del puerto, debe presentar las mercaderías que trae. Hay en frente el Coliseo, mezquino teatro, que se llena con todo los domingos y jueves.

El palacio del presidente, donde hay todas las oficinas públicas y la tesorería, es un elegante edificio, de ladrillo, cuya fachada de pódrido rojo, tiene pilastras del mismo mármol. Este edificio, con la cárcel, de igual arquitectura y construcción que el otro, del cual parece ser continuación, forma un lado de la plaza. También es notable la Catedral, de piedra de cantera, y el palacio del obispo, el cual últimamente ha sido destinado para escuela de niños. En él se instruyen las hijas de los vecinos mas ricos, constituyendo parte esencial de su educación el francés y el inglés.

Entre las iglesias y conventos de Santiago, se hacen notar Santo Domingo, San Francisco y San Agustín. Están iluminadas las iglesias la noche del Jueves Santo. Todas rivalizan entre sí, presentando y haciendo gala en tal día de sus ornamentos de oro y plata. Las custodias en particular son de gran magnificencia, pues son de oro mazo, y únicamente adornadas de perlas y piedras preciosas. La de la Catedral se supone que costó mas de 500,000 dollars, y otras tres ó cuatro costaron casi lo mismo.

Durante la semana de pasión, en particular dicha noche del Jueves Santo, vense andar por las calles muchos penitentes que llevan velos negros, y que se castigan con disciplinas el cuerpo. Es aun mas dura la penitencia de llevar acuestas una cruz muy pesada de madera, de una iglesia á otra. Siguen á los devotos sus amigos para impedir que se caigan, precaución sin duda indispensable, pues como llevan las manos atadas á la cruz, bastaría que diesen un paso en falso para que se cayeran y lastimaran. Tanto que se han visto desmayarse al peso de la cruz, hombres muy robustos. Cuando les desatan los brazos, procuran bajarlos por grados, para no sufrir dolores tan agudos.

El Canadá es el principal paseo público de Santiago. Las iglesias en este punto son hermosas y muchas; y los jardines, que son de particulares, los mas estensos de la ciudad. En verano, las músicas de los regimientos que están de guarnición en Santiago, tocan todos los dias hasta una hora muy adelantada, y andan por el paseo mozos de café que traen en platos toda suerte de refrescos, que van ofreciendo á los concurrentes. Los serenos patrullan de continuo, para que de esta suerte puedan los concurrentes al paseo permanecer en él hasta las dos ó tres de madrugada.

Dichos serenos para ser admitidos deben prestar caución, y responder con multas ó encarcelamiento de sus culpables negligencias; pero al mismo tiempo los propietarios de las casas deben pagar una suma proporcionada al valor de sus inmuebles á los cabos y soldados de esta guardia. Los serenos avisan la hora y el tiempo cada cuarto de hora, y se sirven de un muy agudo silbato para llamar á sus camaradas ó para anunciarles su llegada. Es tambien deber suyo llamar á los médicos y confesores de cualquier extremo de la ciudad, lo cual hacen trasmitiendo el aviso de barrio en barrio, con la fidelidad, direccion y casi igual celeridad que una línea telegráfica.

Después de Santiago, la mas importante ciudad de Chile es Valparaíso, que viene á ser el puerto de la capital. Al entrar en ella sorprende desde luego el que no justifique la ciudad por ningún estilo el nombre de Valle del Paraíso que se la dió. Son casi estériles las altas mon-

tañas que la rodean por el medio día y por el este, y no parecen susceptibles de cultivo. Cúbrealas escasamente una flaca vegetación que deja percibir una tierra de color rojo. Algunos arbustos, algunos álces crecen en las quebradas, en las hondanadas profundas y llenas de roca que han abierto los torrentes en las montañas. Elévanse tan bruscamente las colinas al pié mismo del mar, que solo queda espacio para una calle que conduce de la recova ó mercado, á un sitio descubierto en la arena llamado la Xancia, nombre que le vino de los cordeleros establecidos en el lugar. Hay tambien un mercado consagrado principalmente á la venta de frutas y legumbres.

A poca distancia del mercado hay el bosque de los almendros, ó almendral, lo mejor de las cercanías de Valparaíso. La ciudad, propiamente tal, se designa bajo el nombre de Puertos. El arrabal del Almendral consiste en una sola calle muy larga y ancha, con muchas casas de campo, bonitos jardines y plantaciones de albérrigos; en esta parte de la bahía, á orillas del mar, construyen los pescadores sus cabañas y amarran sus canoas. En ella tambien se hacen las matanzas ó matanzas, como allí las llaman. Raras veces discurre un año sin que haya un terrible incendio en esta reunión de cabañas, cuyo techo lo forman aun hojas de palma, y están tapizadas por lo comun de pieles grasientas. Y cuando el incendio lo excitaban muchos vientos coaligados, hay dificultades para salvar siquiera los rebaños.

Valparaíso es una de las plazas de comercio mas importantes de la América del Sud. Hay cuatro fuertes para contener á los enemigos por dentro y fuera. Son sus principales edificios: el hospital de San Juan de Dios, la catedral y los conventos de San Francisco, San Agustín, la Merced y Santo Domingo. La población no excedía de ocho á diez mil almas antes de 1826, y ya en el dia es de diez y seis á diez y ocho mil. La distancia que separa á Valparaíso de Santiago es de cerca de 50 leguas, las cuales pueden hacerse en coche, pero el transporte de bagaje y mercancías se hacen con mulos ó con carros tirados por bueyes. Hay que atravesar muchas cimas que comunican entre sí por cuevas muy escarpadas, y de este modo se llega hasta la cumbre de la cuesta de Prados, y de ella se baja al llano de Santiago.

Valparaíso ofrece seguro puerto el mas tiempo del año; esto es, desde setiembre hasta abril inclusive, en el cual se encuentran muchas provisiones á bajo precio. El agua es la que no es buena, y aun es difícil haberla comprándose como se compra á los aguadores toda la que se consume en el puerto, quienes la traen del interior en toneles que llevan á cuestas.

El monte alegre que domina la costa de Valparaíso, está coronado de quintas ó casas de campo, de las cuales se descubre la mas magnífica vista, pues por una parte pueden espaciarse los ojos por valles sombríos y fértiles, por otra fijarse sobre las salvajes cimas de las altas montañas, ó bien dilatarse por la inmensidad del Océano pacífico.

Hay muchas y profundas quebradas en las montañas, por donde serpentean sin fuerza riachuelos durante el verano; mas rápidamente hinchados en invierno, conviértense en anchos é impetuosos torrentes. Por cuyos efectos quedan destruidas muchas habitaciones todos los años, y perecen un gran número de personas; pero por mas reflexiones que se hagan, los indígenas á la siguiente primavera vuelven á construir sus cabañas en el mismo lugar de donde fueron arrancadas. Son muy pobladas todas las quebradas, por lavanderas particularmente que forman la mas numerosa clase de Valparaíso. Debemos sin embargo exceptuar á San Agustín, situado en frente del lugar de desembarco, en donde ocupa el teatro el lugar de un convento abandonado, y á San Francisco y Santo Domingo, en los cuales se encuentran iglesias afectas á monasterios y varias de las principales casas. En

las montañas situadas entre estas quebradas, que llaman los indígenas de Arayan y la cordillera, encuéntrase también vastos barrios que encierran numerosa población de la clase inferior casi toda. Son sin cuento los ranchos o cabañas muy reducidas, esparcidas por las cimas de las colinas.

No terminaremos este artículo sin hacer mención del desastroso suceso que hace pocos años pudiera acabar con Valparaíso. El 19 de noviembre de 1822, sacudió todo el país un temblor de tierra ó terremoto que se extendió por la parte de mediodía hasta el archipiélago de Chile, el mas violento de que hubiese memoria, el cual atemorizó a los mismos extranjeros acostumbrados á semejantes fenómenos en otros países. El día había sido calmado y ardiente para la estación, la mar oleosa sin apariencia ninguna de viento.

A las diez y media de la noche hizose sentir el primer choque, que felizmente no fué muy violento y permitió á los habitantes salir de sus casas. Pasado un intervalo, hubo otro sacudimiento tan recio que al cabo de pocos segundos todas las iglesias de Valparaíso no presentaban ya si no un monton de ruinas. El palacio del gobernador, casi todas las casas particulares y la mayor parte de los mismos ranchos se destruyeron ó quedaron inservibles. Las casas del Almendral en particular, como edificadas en suelo arenoso, cayeron tan bruscamente que gran número de sus habitantes murieron en las ruinas. En el mismo lugar, la iglesia de la Merced sufrió mas que

todas las otras, no obstante de ser tan sólida su construcción que permaneció entero al caer el campanario. Muchos vecinos murieron de repente en sus camas, á otros que salieron de sus casas precipitadamente les aplastaron las tejas ó los paredones que caían de las calles estrechas por donde se escapaban. Horrible fué la confusion, todas las calles y plazas públicas hallábanse atestadas de los que huían atónitos de temor, medio desnudos la mayor parte, por que los mas de ellos se arrojaron de la cama á la primera alarma sin tener tiempo para vestirse. Al mismo tiempo veíanse bandadas de ladrones que corrían por las calles desiertas y se aprovechaban de tan horrible coyuntura para sus pillages. Finalmente, en varios puntos del puerto y del Almendral declaráronse incendios á causa de que el rastrojo de los ranchos cayó en el suelo de la chimenea que está en medio de las cabañas.

Tal terremoto no maltrató únicamente á Valparaíso, sino que extendió sus estragos por todas las ciudades y pueblos de la comarca.

Desgracias de tal naturaleza quedan pronto olvidadas en los países en que suceden con frecuencia. Así es que pasadas algunas semanas volvieron los habitantes á levantar sus viviendas en los mismos sitios que ocupaban. Por lo demás, en Chile se edifica con prontitud, pues las casas se fabrican con adoves ó ladrillos cocidos al sol y en las ruinas de las unas se hallan sin dificultad materiales para las otras.



TERREMOTO DE VALPARAISO EN 1822.